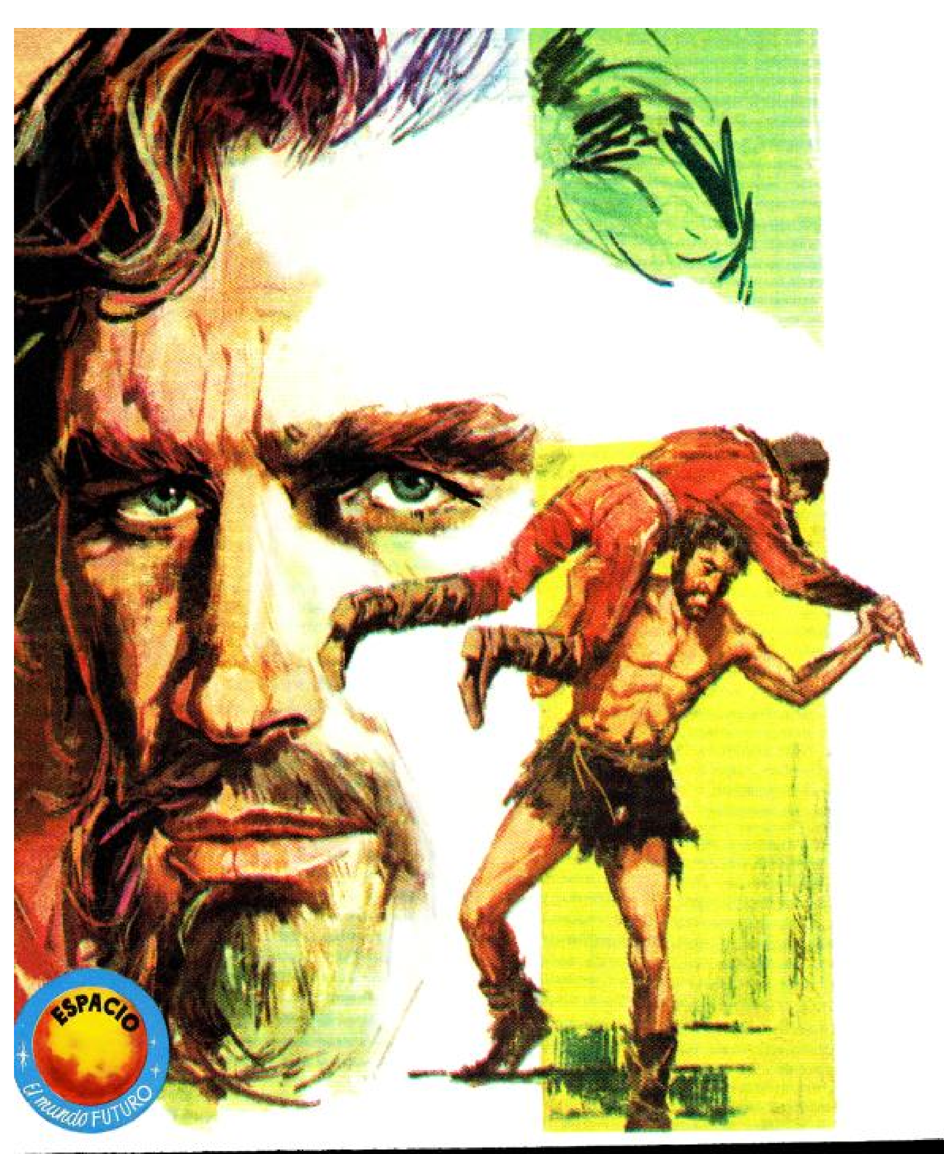


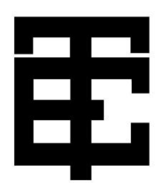
MÁS ALLÁ DEL TIEMPO

PETER KAPRA

En el siglo de los «Ciclos», ser ciudadano de Yhanka, la vasta región septentrional de Ioa[1], centro del universo para sus habitantes, era un privilegio.

Yhanka había vencido a casi todos los pueblos enemigos, sometiéndolos a un severo y rígido vasallaje, especialmente a los altivos «yoaos» (los gigantes de la piel moreno-rosada), que, durante tantos siglos, habían sido los predestinados de sus raros y falsos dioses.

Y más privilegiado era quien, como Tama-Va, gozaba de la impunidad civil que le confería su alto cargo al servicio del Gobierno Central; cargo que, aunque no importante ni lucrativo, llenaba todas las aspiraciones de aquel historiador y etnólogo.



Peter Kapra

Más allá del tiempo

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 348

ePub r1.0

LDS 31.03.19

Título original: *Más allá del tiempo*
Peter Kapra, 1965
Cubierta: Miguel García
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



De esto hace muchos, muchísimos años. Aquel mundo había sido una vorágine bélica, un caos, donde se derramó tanto odio que la furia del cielo desencadenó la hecatombe, destruyéndolo todo y esparciendo sus restos por el Cosmos. Fue como el fuego purificador, con rayos de luz incandescente. Los suelos se resquebrajaron en horrísonos estallidos, como hendidos por una gigantesca hacha. Ahora, sus restos, fragmentos de un mundo de odio y guerras, van errantes y silenciosos, sin vida, por el espacio inmenso. ¡La ira de Dios había aniquilado tanta soberbia!

MÁS ALLÁ del TIEMPO

CAPÍTULO PRIMERO


n el siglo de los «Ciclos», ser ciudadano de Yhanka, la vasta región septentrional de Ioa[1], centro del universo para sus habitantes, era un privilegio.

Yhanka había vencido a casi todos los pueblos enemigos, sometiéndolos a un severo y rígido vasallaje, especialmente a los altivos «yoaos» (los gigantes de la piel moreno-rosada), que, durante tantos siglos, habían sido los predestinados de sus raros y falsos dioses.

Y más privilegiado era quien, como Tama-Va, gozaba de la impunidad civil que le confería su alto cargo al servicio del Gobierno Central; cargo que, aunque no importante ni lucrativo, llenaba todas las aspiraciones de aquel historiador y etnólogo. Tama-Va tenía la edad de los «colaboradores» —entre treinta y cincuenta

años—, frisaba el tercer «lapso histórico» de Ioa, y, por nacimiento, le correspondían los números «rojo azul, yhanko 138-495», o sea, edad suficiente para ocupar un cargo público. Y como su examen e informe fueron favorables, dados los títulos que poseía, se le asignó la Sección de Etnología del Departamento de Historia, cargo oficial adjunta al gobierno.

Pero Tama-Va no podía imaginarse cuál fue el motivo de su elección. Creyó que sus méritos eran superiores a los de su antecesor, el conocido y famoso profesor Arra-Kaon, ex director de la Gran Escuela Superior de Yhanka y por tanto, incapaz de sospechar que éste había fallecido de muerte violenta y que por aquello había quedado vacante el cargo que ocupaba.

De haberlo sabido, Tama-Va, seguramente, se habría dedicado a pensar en si, de verdad, aquel empleo oficial le convenía.

Se enteró al cabo de pocos días, cuando, ya aposentado en el despacho del jefe de la Sección, en el que era asesorado detenidamente por el personal subalterno —casi todos esclavos «yoaos» tratados por el procedimiento «I-Rutor», inventado por el biólogo Varin para anular la voluntad de los esclavos—, un obrero del servicio de Arquitectura pidió permiso para esculpir en la lápida honorífica el nombre del profesor Arra-Kaon. Tama-Va se quedó muy perplejo, pero admitió al obrero, convertido en un mar de confusiones, sin atreverse a preguntar a nadie lo que le había ocurrido a su antecesor.

Mas como el obrero hiciera mucho ruido con su pequeño martillo neumático en la gran losa de granito que había ante la ventana de Tama-Va, en el lado oriental del instituto, salió el nuevo jefe y leyó por encinta del hombro del obrero lo que estaba grabando con refinada

maestría, y que copiaba de una hoja de fibra blanca.
Tama-Va
leyó:

Profesor
Arra-Kaon,
tercer «lapso histórico», número verde «yhanko-gialés» 358. En misión de servicio fue enviado a Vara, donde pereció víctima de la ferocidad de gigantescos y horribles animales, sin que sus restos hayan podido ser recuperados para el Panteón de los Ilustres Sabios de Yhanka…

Tama-Va
palideció y volvió el rostro.

—¿Cómo ha podido averiguar esto? —preguntó con voz trémula, sin dirigirse al obrero, pero lo suficiente alto para que éste le oyera.

—¿Eh…? ¿Cómo lo ha sabido? —El obrero se volvió, deteniendo el zumbido de su máquina cinceladora—. ¿Se refiere usted a la muerte de
Arra-Kaon?

—Sí… Ignoraba que hubiese muerto.

—Formaba parte de una expedición científica… He oído decir que Vara es un mundo en formación. Hay pantanos de lava burbujeante, nubes de vapor que lo cubren todo, y el suelo tiembla constantemente a causa de los terremotos… ¡Es un caos! Y por el aire cargado de emanaciones sulfúricas se agitan grandes pterodáctilos, que atacan a gigantescos brontosaurios y diplodocus. Es una fauna feroz y primitiva, que se ataca y acomete, acechando, reptando y ocultándose en enormes bosques… ¡Nuestros exploradores cuentan de allá cosas inverosímiles!

—Pero… ¿Han visto seres humanos?… ¿Alguna especie de «homo sapiens»? —inquirió
Tama-Va,
tragando saliva.

—De no ser así, ¿para qué habría de ir allí el profesor
Arra-Kaon?
—El obrero notó la palidez del nuevo jefe de la Sección de

Etnología y creyó comprender.

«¡Habré de ir yo también! —se dijo Tama-Va interiormente—. ¡Habré de ir y me ocurrirá lo mismo que a él: moriré destrozado por los animales prehistóricos!».

Así, aterrado y tembloroso, Tama-Va regresó a su despacho y cerró, pensativo, la puerta tras sí. Un auxiliar «yoao» examinaba viejos textos que debían ser grabados en cinta de metal flexible para su archivo en el museo de Historia. Cuando entró su jefe, le miró con fijeza, sin hablarle, esperando que le dijese algo. Tama-Va, empero, no despegó los labios y se dejó caer en su asiento de aire, hundiendo la cabeza en el pecho y sumiéndose en profundas meditaciones.

«¡Sí, un buen empleo, lejos de las constantes guerras, y junto a la seguridad que da la proximidad del gobierno! ¡Respetado y querido por todo el mundo, pero…! ¡No quiero morir aún! Todos los hombres de mi edad están luchando en el sur, muriendo por millares en el estúpido y fratricida intento de someter lo imposible… ¿Quién mejor que yo puede saber los cientos de años que llevamos de luchas y odios? He estudiado la historia de los hombres hasta sus más remotas raíces y la guerra es el denominador común de todos los siglos. Esto hizo suponer a muchos filósofos y pensadores de antaño si la vida era lucha… ¡Siempre la guerra y el exterminio de unos para la supervivencia de los otros! ¡Hemos creado hombres para ella, pero nosotros hemos de estar allí, manejando modernas máquinas de destrucción dirigiendo a nuestros guerreros a la muerte para que no se vuelvan contra nosotros…! ¡Guerra, ira de los hombres, que Dios odia y aborrece, como demostró con el Gran Ejército victorioso de Artoa, el caudillo “yhanko-mizo”, que, después de derrotar a un número diez veces superior de “yoaos”, en las rojas planicies del Centro, fue aniquilado por su Poderosa Ira, para humillar su soberbia!

»Artoa había permitido a sus soldados que los vencidos fueran pasados a cuchillo, rebanados sus cuellos y quemadas juntas todas sus cabezas, en una ingente hoguera infernal, ante cuyas luces las mujeres de los vencidos fueron ultrajadas, mancilladas y violadas, para luego ser arrojadas a las fangosas aguas del pantano Loar, en

cuyas capas inferiores hasta el más templado acero se funde con su poder corrosivo, y sus hijos menores, tratados con “I-Rutor”, se convirtieron en esclavos sin voluntad, a fin de que desapareciera la raza maldita de los “yoaos”… ¡Y yo sé que nosotros también somos malditos para los “yoaos”, como dentro de “diez lapsos” podremos ser malditos para los de Gial o los de Miza, en donde tantos guerreros aliados hemos tenido! ¡Y la guerra no terminará nunca!».
Tama-Va
levantó la cabeza, asustado, al ver al esclavo «yoao» acercarse. Le miró con horror, como si temiera que leyese sus pensamientos y pudiera captar el miedo que le atenazaba el corazón y el cerebro. Aquel «yoao» se llamaba
Bak-12
y era muy inteligente, aunque carecía de voluntad para atacar a un «yhanko».
Tama-Va
observó el tono moreno-rosado de su piel, su alta estatura y su bien proporcionado cuerpo y se sintió débil, empequeñecido.

—¿Qué quieres, Bak? —preguntó con voz ronca, sintiendo seca la garganta.

—Este libro nos lo han remitido desde el sur los valerosos guerreros de Yhanka. Dice el primer análisis que data del primer «lapso histórico» y que contiene documentación de gran valor. Habla de los estudios de un antiquísimo matemático de aquellas tierras.

—¿De matemáticas has dicho? —preguntó
Tama-Va,
incrédulo.

—Medidor del tiempo, señor —aclaró el esclavo—. Tenemos pocos datos acerca de los estudios de aquel tiempo. ¿Qué hago?

—A ver, ¡déjamelo!
Tama-Va
tendió la mano y tomó el libro corroído por los siglos, en el que parecía que la acción del tiempo hubiera trabajado intensamente sobre las cubiertas de acero flexible.

Lo abrió con cuidado y contempló la grafía de una página.

—Está escrito en antiguo «yoao», Bak.

—Sí, señor; ya lo he visto. Pero es tan antiguo que apenas

entiendo nada. Nuestra escritura se ha mezclado con las demás, aparte de que nuestros antepasados se expresaban de forma distinta. Espero que en Criptografía nos pueden dar la traducción exacta.

—Pues llévaselo y que nos lo devuelvan cuanto antes para su estudio.

Cuando el esclavo hubo salido, Tama-Va apenas si se acordaba de sus anteriores preocupaciones y se dijo que sería bueno para él salir a dar un paseo por las cintas aéreas, donde el sol llenaba de vida natural la belleza de un paisaje arreglado por la ciencia y la arquitectura del hombre en torno a la populosa ciudad de Yhanka, sede del Gobierno Central y la más grande metrópoli del norte de Ioa.

* * *

Un ascensor descubierto, adosado a uno de los soportes metálicos, le subió a la última cinta, a mil doscientos metros del suelo, en la que un viento fresco y grato acarició sus mejillas.

En todo lo que alcanzaba la vista, en un sentido u otro de la cinta, apenas si se veía un alma, porque aquellas alturas eran poco frecuentadas, mientras que las inferiores estaban concurridas por familias con niños y hombres del «cuarto y quinto lapso histórico», que habían vuelto de las duras guerras del Sur.

Al ver pasear aquellas gentes por la ancha y plateada cinta, a ambos lados de las pistas por donde se deslizaban raudos bólidos que entraban y salían de la ciudad por los caminos aéreos, Tama-Va sintió cierta envidia, porque él jamás había tenido familia, ni conocía padres ni hermanos. Su vida había sido dura, solitaria, penosa, dedicada a los estudios históricos… ¡Pero había llegado a la cima!

Él sabía que aquellas gentes eran simples peones de la vida. Viejos que la guerra había respetado milagrosamente, niños que aún desconocían los horrores de matarse entre sí, y mujeres cuyo único deber, aparte de la dura obligación de la producción bélica, era dar hijos para el estado. ¡Era preciso alumbrar diez hijos y tres hijas! Y de este modo habían cumplido su misión. La ciencia genética se

cuidaba de que la procreación fuese una realidad estadística.
Tama-Va
había comprendido la vida antes de finalizar su primer «lapso» y dedicó todo su afán a un solo objetivo: ¡no ser carne vulgar!

Lo había conseguido.

Las gentes que tomaban el sol, contemplando la ciudad desde la altura, no tenían esclavos a su cargo y él tenía más de cincuenta en el Instituto. ¡Pero
Arra-Kaon
también los había tenido y hora estaba muerto! ¡Muerto sin alcanzar el último «lapso» social!, ¡la Gran Sala del Gobierno, en la que se reunían los mil sabios que regían Ioa!

Se dijo
Tama-Va
que quizás
Arra-Kaon
había aspirado a situarse entre los Ancianos y hacer leyes como aquéllos… ¡Leyes para la guerra, para destruir y conquistar más pueblos del sur y de occidente, para enviar navíos bélicos al espacio y someter más mundos; leyes que hicieran la vida peor, más dura y más odiosa!

Pero él,
Tama-Va,
si no moría, podía llegar a ocupar un sitial entre los mil sabios al «lapso» siguiente. Y podía hacer leyes que terminasen con la guerra. ¡Leyes para hermanar «yhankos» con «yoaos», «giales» con «amoas» y «mizas» con «rodos»; leyes para agrupar todo Ioa en un solo pueblo que fuese grato a los ojos de Dios y remanso de paz y alegría para sus moradores!

La Historia, y
Tama-Va
lo sabía muy bien, se había olvidado de Dios. Y una antigua profecía hablaba del aniquilamiento total cuando la ira de Dios llegara al límite.

Siguió
Tama-Va
caminando por la cinta, envuelto en la ambarina gloria de los lejanos rayos del Sol, rodeado de la atmósfera dorada de la altura, y

sumido por completo en el éxtasis de sus recónditos sueños, ¡para cuando él fuese uno de los Sabios que dirigían Ioa!

De pronto, frente a él, apoyada en el pretil metálico de la cinta, creyó ver aparecer a una figura inmóvil que estaba mirando la metrópoli. Apenas si se fijó en ella, porque
Tama-Va
vivía la constante quimera de sus íntimas sensaciones, y, de no haber sido porque, de pronto, vio a la muchacha apoyarse en el pretil, como para lanzarse al vacío, hubiera pasado de largo sin preocuparse de nada, encerrado en sí mismo, evocando su pasado de estudios y su futuro dorado de gloria.

Paro lo que vio le hizo emitir un grito y abalanzarse para sujetar a la muchacha.

Ella se volvió precipitadamente, y, con el rostro agitado —¡bello como una antigua efigie de bronce!—, miró a
Tama-Va
e intentó desasirse de la mano que le atenazaba el brazo.

—¡Suélteme y siga su camino! —gritó ella con voz airada.

—¿Qué intentaba hacer? ¡Eso está prohibido por nuestras leyes!

—¿Ya usted qué le importa? ¿Le pertenezco, acaso? —preguntó ella.

—Pertenece a Yhanka —respondió
Tama-Va,
sin soltarla. Y mientras hacía esto no dejaba de admirar el hermoso semblante de la joven.

«¡Qué bonita es, Dios!», se dijo.

En efecto, lo era. Y, al parecer, de clase distinguida, a juzgar por su atuendo de raso artificial, azul brillante, como impregnado de alguna sustancia fosforescente. Era esbelta, erguida; y su rostro ovalado y perfecto, de un suave tinte pálido, en el que destacaba el brillo encendido de unos ojos grandes y claros y el rojo cereza de su trémula boca, parecía el de una antigua divinidad pagana.

Con el forcejeo de ella, el «flar» (especie de clámide o capa que sobre el peto de acero y platino llevaban los dignatarios del gobierno) de
Tama-Va
se desabrochó y la muchacha vio el peto y el águila negra de la clase gobernante.

Su rostro se demudó y dejó de forcejear, suplicando:

—Perdón, señor.

Palideció aún más de lo que estaba mirando como hipnotizada el distintivo jerárquico de él.

También
Tama-Va
se dio cuenta de que la muchacha había reconocido su cargo; y, pensando que no se atrevería a desobedecerle, la soltó.

—¿Por qué quería usted hacer esto? —preguntó.

Ella bajó la cabeza, y el sol, en su cabellera cobriza, hizo chispear sus rizos. Una vez más,
Tama-Va
se sintió predispuesto a la condescendencia a causa del embrujo de la belleza de la joven.

—Lo hago porque voy a pasar al segundo «lapso» —dijo ella, finalmente, después de una embarazosa pausa.

Tama-Va
comprendió.

Según las leyes de Yhanka, las muchachas, cuando ya habían aprendido su cometido en la vida, debían abandonar la tutela de la familia y ser admitidas en el hogar de un guerrero. Su misión ahora consistía en satisfacerle en todo y alumbrar diez hijos y tres hijas, para lo cual el Departamento de Genética les inoculaba drogas y estimulantes que predisponían la fecundidad en la proporción y correlación exigida por la ley.

Esto era harto desagradable, pero se venía haciendo por todo el mundo desde tiempo atrás, y las gentes ya estaban habituadas. Tama-Va no comprendía ahora por qué aquella chica no quería aceptarlo cuando era algo muy natural. Sin embargo, en su mente, de sus propias deducciones y deseos, se desprendía que si él, algún día, podía terminar con las guerras, la costumbre de la obligatoriedad de los matrimonios no tendría por qué existir, siempre y cuando existiera la seguridad de perpetuar la raza. En este asunto,
Tama-Va
no estaba muy bien documentado, pero se dijo que la muchacha no habría sido educada de acuerdo con la ley, puesto que pretendía rechazar, juntamente con su vida, lo que todos admitían y cumplían

en Ioa.

Así, ensombreciendo un poco el gesto, dijo:

—Esto es muy grave, muchacha. —Le habló en tono paternal, porque su cargo así lo requería, no porque fuese mucho mayor que ella, aunque sí lo suficiente para desposarla de haber sido éste su deseo. Empero, Tama-Va había dedicado su vida a un objetivo sagrado y una mujer junto a él podría trastornar sus propósitos—. Tienes que hacer lo que todo el mundo.

—¡No quiero, señor! —protestó ella, moviendo enérgicamente la cabeza en ambos sentidos y esparciendo al viento su cobriza cabellera.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Me han destinado a un hombre que no quiero.

—Eso es una tontería, muchacha. Ya sabes que los organismos de ayuda matrimonial solucionan fácilmente pequeños problemas como ése.

—¡Pero es que yo no deseo quererle, señor! Mi padre ha intentado convencerme, pero yo he huido de casa y no pienso desposarme con ese hombre cicatrizado, aunque me maten. Tama-Va sonrió, condescendiente.

—Ya sabes que existen medios para obligarte.

—¡No lo haré!

—¿Cómo te llamas, muchacha? —preguntó él.

—Gea-Dina, señor —respondió ella, en voz baja.

La joven no se atrevía a mostrarse insolente con el hombre de rostro grave que llevaba el distintivo del Gobierno Central, a quien todos debían respetar y reverenciar, pues le sabían con suficiente poder para hacer internar a alguien en un hospital de regeneración psíquica. Pero Gea-Dina estaba dispuesta, incluso, a que modificaran su mente y borraran de ella los recuerdos.

—Bien, Gea-Dina; te acompañaré hasta la ciudad. Ven conmigo… ¡Y no intentes hacer

ninguna tontería, porque dispongo de medios para imposibilitar todos tus movimientos! —dijo él, golpeándose suavemente la coraza de acero que llevaba al pecho, en donde fluctuaba una especie de ojo luminoso y magnético.

Tama-Va

mentía. Pocos días antes, cuando ocupó la jefatura de la Sección de Historia y Etnología, un alto funcionario le advirtió, bajo promesa de no revelarlo ni ante la muerte, para que el pueblo continuase en la creencia del poder de sus dirigentes, que el paralizador sensorial era un mito, y que sus ondas magnéticas sólo influían en ciertos órganos cerebrales, haciendo creer a los atacados que quedaban inmovilizados. Pero cualquiera que estuviera en el secreto, con un poco de voluntad, podría evadirse del influjo. Y si esto ocurría alguna vez, el prestigio de los funcionarios públicos quedarían en entredicho. No obstante,

Tama-Va,

como historiador, no sabía de ningún caso en que esto hubiera ocurrido.

Y no se sorprendió cuando la muchacha, temblorosa, prometió que no haría nada para intentar escapar.

—¡… Y prométame usted, a su vez, que no me llevará a mi casa!

Tama-Va

no podía prometer tal cosa, aunque estaba empezando a barruntar algo que podría ofrecer una solución para él y para la chica.

Esta idea se le ocurrió de súbito, porque

Tama-Va

era más cobarde que el promedio de la gente de su pueblo, si cobarde puede llamarse al que tiene miedo a morir sin haber logrado sus propósitos en la vida. De repente, empezó a bosquejar en su mente un plan, y dijo a la joven:

—No puedo prometerte nada,

Gea-Dina.

Pero… ¡podría ayudarte!

Ella se volvió hacia él con el rostro iluminado por la esperanza.

—¿De veras, señor?… Si usted me ayuda, mis padres no pondrán ninguna objeción… Tienen mucho dinero, grandes máquinas y un palacio al este de la ciudad… Mi padre conquistó pueblos a los «yoaos», y obtuvo valores que, invirtió en máquinas y hombres de

hierro que laboran para él… Si hubiera sido más audaz y más sabio, habría podido sentarse con los Mil Ancianos; pero dice que no quiere gobernar.

—Escúchame,
Gea-Dina,
¿no te gustaría viajar en una nave por el espacio, ver mundos desconocidos?

—¿Qué?… ¿Yo?… ¡Eso no puede ser! ¡Una mujer sola no puede hacer eso, señor!

—Tú y yo podemos hacer un trato, muchacha. —Tama-Va bajó la voz, mirando en todas direcciones, pero asegurarse de que nadie podía oírles—. Ven, acércate al pretil y escúchame. Te expondré mi plan.

Apoyados en la barandilla de acero que protegía a los viandantes de la elevada cinta metálica, la muchacha se dispuso a escuchar la proposición del alto dignatario.

—Atiende,
Gea-Dina.
Mi cargo me obliga a desplazarme periódicamente a extraños y lejanos mundos, al objeto de recoger de ellos restos de civilizaciones, si han existido, y catalogar en nuestros archivos sus características biológicas, en cuanto a la historia del hombre se refiere. Pero yo tengo otros proyectos más vastos para el bien del pueblo…
Tama-Va,
con expresión de iluminado, fue explicando a
Gea-Dina
sus sueños e intenciones, con la palabra fácil y persuasiva de un fanático convencido precursor de los grandes designios que los dioses verdaderos le habían designado: ¡la dulce paz del universo!

—… Y por esta razón no puedo arriesgar mi preciosa vida, y necesito alguien, muy allegado a mí que…

—¿Que trabaje para usted en otros mundos?… ¿Un suicida? —Ella miró a él con ojos muy abiertos.

Él asintió. Pero no despegó los labios.

Una larga pausa siguió a las palabras de
Gea-Dina.
Tama-Va tenía la mirada perdida en los montes sombríos y

escabrosos que rodeaban Yhanka. Se sentía seguro de sí mismo, aunque estimaba que había puesto su cobardía al desnudo. ¿Quién era aquella muchacha que le miraba como si él fuese un aparecido?

Empero, la tranquilidad del historiador y etnólogo era absoluta. Creía estar viendo a Gea-Dina, aplastada allá abajo contra el techo transparente de algún edificio, o en una transitada avenida, donde miles de personas verían su sangre extenderse por el suelo.

—Para lograr esto —continuó diciendo él—, podríamos simular un casamiento entre nosotros. Yo tengo el modo de arreglarlo. En mi cargo gozo de muchos privilegios. Luego, como esposa, te autorizaré para que me representes en esos viajes. ¿Me comprendes?… Es una buena proposición. El único inconveniente es que pondrás tu vida en peligro. Pero ¿no ibas a quitarte la vida?

Hubo una pausa. Tama-Va creyó adivinar una mueca de desprecio en las bellas facciones de la muchacha. Se reprochó por haber planteado la situación de modo tan descarado. «Me debe odiar. Le he debido parecer un monstruo. Espero que haya comprendido el alto interés que me guía: ¡la salvación de Ioa! ¿No vale esto la insignificante vida de una mujer? Y si mi seudoesposa muere en aras de la ciencia, la puerta de la Gran Sala del Gobierno quedará expedita ante mí».

—¿Qué te parece mi proposición? —preguntó en voz alta.

Ella abrió la boca, para contestar. Pero, de momento, no dijo nada. Luego, se mordió los labios y se volvió de espaldas.

—¡Acepto! —exclamó, con voz ronca.

¡Gea-Dina había tomado la resolución de morir!

CAPÍTULO II



ucedió hace cinco mil millones de años, ¿o tal vez más? Pero ocurrió. Y fue así: Cuando la Tierra se hallaba en período de formación, el Sol era mucho más brillante que ahora, aunque la atmósfera estaba casi siempre turbia debido al humo asfixiante que despedía un número ingente de volcanes. El suelo se estremecía constantemente, sacudido por terremotos espantosos; los cataclismos se sucedían uno tras otro, levantando montañas del suelo blanco y caliente y desplazando las aguas a nuevos lugares, las cuales se filtraban por las nuevas fisuras hacia abismos suprafantásticos. Estas ingentes masas de agua hervían bajo los efectos del calor intenso, lanzando al cielo gigantescas vaharadas de vapor blanco y rojo. El fuego interno de la Tierra era de un color más blanco, más termógeno y fiero, más convulsivo, aniquilador y voraz.

Luego llegaba la calma aparente, que igual podía durar un día como diez siglos. El cielo parecía disiparse y se hacía más puro y

transparente, diáfano y luminoso.

Mas esta calma era ficticia, pues la tregua del silencio fraguaba otra nueva y más potente convulsión, que estallaba de pronto, sin previo aviso, desquiciándolo todo como por obra de una fabulosa y gigantesca mano invisible.

El fuego volvía a barrer los valles, dirigiéndose hacia los mares de ingentes olas, en los que caían enormes bloques de roca incandescente, llevando la muerte allí donde había habido vida incipiente. Surgían las nubes, las lluvias torrenciales y las tempestades eléctricas, seguidas del ígneo y centelleante rayo que desgajaba montañas enteras y esparcía en la vorágine del aire su azufre ardiente, impregnando aquel infierno con olores de angustia, de horror y destrucción.

En realidad, no se destruía nada… ¡Se estaba construyendo un mundo nuevo! ¡La Tierra estaba naciendo!

* * *

La corteza terrestre se había endurecido gracias a las corrientes isotérmicas que regulaban las temperaturas, traía el frío y el calor se los volvía a llevar.

La vida animal se había extendido por el globo y, donde no estaban el mar, los ríos y las montañas de granito, se extendían ingentes bosques.

Al retirarse las nieves, los hombres y mujeres que cubrían sus cuerpos con pieles de animales salieron de las cavernas, en las cálidas entrañas de la tierra. Muchos iban armados con lanzas, arcos y flechas, en cuyas puntas, el agudo hueso de un animal muerto blanqueaba y brillaba gracias al pulimento que con él habían hecho aquellos hombres pacientes sobre las duras y ásperas rocas.

También tenían otras herramientas, como hachas, cuchillos y punzones, de sílex o marfil, que ataban a recias trancas con lianas o tiras de cuero.

Eran hombres de torpes movimientos. Andaban descalzos, tenían piernas y brazos muy velludos y el cabello les caía, salvajemente enmarañado, sobre el rostro y los ojos. Pero eran fuertes, arrojados e inteligentes. Con valor indomable atacaban a fieras mucho más grandes que ellos y se reunían en grupos o tribus; cuando alguno

moría, ante las acometidas de las bestias, era enterrado supersticiosamente, «para preservar su espíritu en el seno de la madre tierra».

A los grandes animales de gruesa y escamosa piel les temían y, si alguna de aquellas terroríficas bestias surgía de la selva, se ocultaban, asustados. Eran conscientes de su insignificancia ante tales monstruos, pues sabían que sus armas eran ineficaces contra los diplodocus y los dinosaurios.

Aquellos hombres eran salvajes, como las fieras que les rodeaban, pero no eran animales. Lo sabían, porque hablaban entre sí, entendiéndose mediante gruñidos monosilábicos, y conocían su origen. Descendían de una gran tribu de hombres erguidos que llegaron del otro lado de las altas montañas, huyendo de los grandes fríos y de los blancos sudarios de la muerte, en las que muchos habían quedado sepultados bajo el gélido manto.

Ahora, retiradas las nieves, salían de sus grutas y cazaban.

Uno de aquellos hombres, joven y fuerte, vagaba solo por entre enormes riscos, al pie de una gran escarpadura. De vez en cuando, se subía a las rocas y oteaba el paisaje en busca de una presa fácil. Su mirada aguda y penetrante recorría los contornos de la fronda próxima, en espera de ver surgir al confiado animal sobre el que se lanzaría enarbolando su hacha de sílex o su dentado cuchillo de hueso.

Las horas pasaban y la presa no aparecía.

El día era soleado y silencioso. No hacía viento, ni brisa, y las hojas de los árboles estaban inmóviles, sin que el menor soplo de vida reinase en derredor. Parecía como si un enorme tiranosaurio estuviese al acecho, y los animales menores —¡incluso el viento!— se hubieran ocultado del monstruo.

Decepcionado de la espera, el hombre se tendió en el duro suelo, protegiéndose tras una roca de los ardientes rayos del sol, y se durmió, sintiendo en su cuerpo hormiguear el hambre. Hubiera vuelto donde la tribu tenía su guarida, pero era altivo y orgulloso y había dicho a su padre que podía cazar solo y llevar una gran presa, con lo que podría elegir una mujer guapa de la tribu de Erec.

Dano, como se llamaba el joven y vigoroso cazador, no tenía prisa en formar su propia familia. Pero sí soñó que, corriendo el tiempo, podría ser el jefe de una gran familia, y él ser origen y jefe

de una enorme tribu.

Entretanto, prefería seguir cazando. Todo llegaría.

Soñó muchas cosas gratas, entre ellas el agradable sabor de la carne de un animal vencido, aún palpitante, e incluso llegó a sentir en su boca el jugo de la fruta roja que ahora no veía en los árboles y que le producía una especie de embriaguez sublime, bajo cuyo influjo corría y jugueteaba como un niño.

Y soñó muchas cosas más, tan tangibles, que incluso llegó a tender la mano para asirlas como si fueran corpóreas. ¡Y encontró un cuerpo ante él!

* * *

Ella saltó vivamente hacia atrás y los dos «yoaos» aprestaron sus armas, dispuestos a disparar, pese a que
Gea-Dina
les había ordenado no hacerlo, a menos que las cosas se pusieran muy difíciles.

Pero el salvaje Dano, al abrir los ojos y parpadear, no pudo creer lo que veía. Supuso, no sin fundamento, que tenía delante tres animales salvajes de alguna especie desconocida.

Y se quedó quieto, escuchando los gruñidos que emitía uno de aquellos animales de piel plateada y brillante. Tensó los músculos y se dispuso a saltar. Con el rabillo del ojo, vio su hacha de sílex en poder de uno de aquellos «animales», y se dijo que, con las manos desnudas, podría luchar contra los tres, dado que su tamaño era ligeramente inferior al suyo propio. Y ni siquiera prestó atención al hecho de que se mantuvieran erguidos sobre dos pies.

Se lanzó, de pronto, como un tigre «smilodon», con tal rapidez que los tres extraños seres no tuvieron tiempo de reaccionar, con lo que pudo derribar al que tenía más cerca, a la derecha, un robusto «yoao», esclavo de
Gea-Dina
cuya cabeza dentro de la escafandra recibió un fuerte golpe contra el suelo.
Gea-Dina,
pese al análisis favorable del aire en aquel sector, antes de salir de la astronave que les había llevado a Vara, hizo que sus hombres se

colocaran el traje espacial y se ajustaran las escafandras. Pensó, no sin fundamento, que en los profundos valles podían existir emanaciones de monóxido o anhídrido carbónico.

Por esta causa, el «yoao» enfundado en su traje de tejido metálico, pudo defenderse bien del ataque del terrícola primitivo.

La lucha, empero, duró poco, pues la mujer accionó una pequeña pistola insensibilizadora, y el cuerpo del indígena se contrajo, apareciendo en su rostro una mueca dolorosa. Acto seguido, al intentar incorporarse, Dano se tambaleó y cayó, inconsciente.

—¡Es agresivo este antropoide! —exclamé
Gea-Dina
—. ¿Te ha hecho daño, Larke?

El aludido se incorporó con dificultad, pues sentía su cuerpo más pesado que en Ioa, dada la mayor gravedad, miró a la mujer de su jefe, tan sagrada para él como su propio amo, y contestó:

—No, señora… Gracias… Me sorprendió su ataque. Pero sabía que no podía hacerme ningún daño.

El otro «yoao», sin dejar de mirar al postrado terrícola, comentó:

—Parece fuerte como un «hayaga» (árbol alto y fuerte de Ioa, muy parecido al roble). ¿Lo llevamos a la nave?

—Sí, inmediatamente. No sería extraño que acudieran sus congéneres, si merodean por estos alrededores. Y para nuestra misión nos interesa el silencio más que otra cosa. Vamos, levantadlo.

Los dos esclavos obedecieron, cogiendo por brazos y piernas al velludo e inconsciente aborigen, que se cubría a medias el cuerpo con pieles sin curtir, y se pusieron en camino hacia el valle.
Gea-Dina
llevaba las armas de sus compañeros y examinaba con curiosidad la rústica herramienta que encontró junto al salvaje dormido. Ella sabía poco de estas cosas, pero, tal como había convenido, con
Tama-Va,
enviaría rápidamente telefotos a Ioa, en caso de que Kaonu hubiera reparado ya la estación de radiocomunicaciones. También podría mostrar a su pseudoesposo el antropoide hallado en Vara, y luego esperaría instrucciones.

Poco después, no sin esfuerzo, llegaron a la hendidura en la que

habían ocultado la espacionave, sumida en la sombra de la quebrada, y fuera de la vista de cualquiera que pudiera pasar por aquellos contornos.

Dos individuos más, también provistos de escafandras de vacío, salieron de la plateada nave para ayudar a sus compañeros a entrar su carga.

La espacionave de
Gea-Dina
era algo así como un bólido oblongo, provisto de reactores a proa y popa, de un tamaño mediano, pero suficiente para alojar con cierta holgura a los seis tripulantes que componían el equipo explorador. Dos de ellos eran científicos al servicio de
Tama-Va,
individuos libres del gran pueblo de Yhanka, y los tres restantes, esclavos «yoaos». El mando de la expedición, en representación de su marido, lo ostentaba
Gea-Dina.

El interior del navío espacial era algo complicado, pero cada cosa tenía su utilidad y ocupaban el menor espacio posible, encontrándose todo dispuesto con tal precisión que los camarotes particulares disponían del material completo que su ocupante necesitara para su trabajo. Sólo la cabina de vuelo disponía de algo más de espacio, porque, además de ocuparla
Gea-Dina,
allí tenía la totalidad los instrumentos necesarios para la investigación en las expediciones interplanetarias, junto con armas y aparatos. Incluso disponía de un pequeño cañón, parecido a un telescopio.

—Es un antropoide de aspecto muy semejante al nuestro —explicó el «yoao», llamado Larke, a sus compañeros, cuando el cuerpo del terrícola fue depositado en el suelo de la cabina.

Los otros lo examinaron con curiosidad, palpando su cuerpo. Uno de ellos, que se había puesto unas curiosas gafas ante los ojos, incluso llegó a separar los labios de Dano, para examinarle la dentadura.

—¿Has reparado ya el telecomunicador, Kaonu? —preguntó
Gea-Dina,
dirigiéndose a uno de los presentes.

—Aún no… He encontrado una interferencia que difumina la visión, pero el sonido se capta perfectamente —repuso el aludido, un «yoao» sonriente, de mandíbula cuadrada y piel más rosada que morena.

—Bueno, continúa reparándolo. Necesito comunicar con mi esposo.
Gea-Dina
hubiera preferido decir
Tama-Va
en vez de «esposo», pero hasta el nombre le resultaba repulsivo. Y esta íntima sensación la llevaba consigo desde el instante en que conoció al historiador y etnólogo adscrito al Gobierno Central de Yhanka.

Sin embargo,
Gea-Dina
prefería más no pensar en ello y procuraba olvidar que estaba casada, sólo de nombre, con un hombre que había resultado un cobarde, mucho más odioso y aborrecible que el guerrero con quien había decidido no desposarse.

Mientras preparaba su informe para enviarlo a Yhanka,
Gea-Dina
vio cómo el biólogo de la expedición, un «yhanko» fornido y barbudo llamado Karma-En, manipulaba en el cuerpo del desvanecido terrestre, después de haberlo depositado sobre la mesa plegable en la que trazaban las gráficas de orbitación sideral. Los brazos y piernas del salvaje colgaban fuera de la mesa.

Al fin, Karma-En se incorporó y dijo:

—Su organismo es igual que el nuestro. Supongo que su metabolismo debe serlo también, aunque, para cerciorarnos, podría anestesiarle y practicar algunas incisiones pectorales. Si se nos ordena trasladarlo a Ioa, allí podremos estudiar su cerebro con los encefaloscopios y comprobar su capacidad intelectual.

Tras estas palabras, los demás miembros de la expedición que rodeaban al terrícola se fueron a sus respectivos trabajos, y
Gea-Dina
quedó a solas en la cabina con el indígena. Karma-En marchó a su camarote en busca de algunos instrumentos de experimentación.
Gea-Dina

estaba de espaldas al aborigen, grabando en la cinta fotoeléctrica el informe que debía enviar a Ioa, por lo que no se dio cuenta de que el salvaje movía la cabeza y los brazos.

Dano abrió los ojos y miró a su alrededor.

* * *

No mostró sorpresa de cuanto vio. Quizás, en su mente primitiva creyó que aún estaba soñando. Pero, al ver la espalda de la mujer, sus ojos brillaron con inteligencia animal. En su mente se formó la idea de la presa confiada y se dispuso a saltar sobre ella.

Apenas tuvo Gea-Dina tiempo de volverse, cuando se sintió atenazada por los brazos y levantada en vilo. La sucia mano del indígena se aplastó sobre el metal transparente de su escafandra, como intentando agarrarle el rostro.

Ella gritó, aterrada, un segundo antes de perder el conocimiento, al ver tan cerca aquel semblante feroz, de ojos chispeantes y boca torcida, que la miraba a través de su hirsuta pelambrera. Y quedó exánime en los brazos de Dano, el cual intentaba destruir aquel cuerpo.

El grito de Gea-Dina atrajo primero a Karma-En, quien apareció en la puerta de la cabina cargado con un extraño aparato. Mas, al ver la escena, dejó caer el instrumento y echó mano a la funda de su pistola.

No tuvo tiempo de extraerla. El indígena soltó a Gea-Dina y se lanzó contra él, golpeándole con ferocidad. Uno de estos golpes tremendos alcanzó a Karma-Ba en el estómago y le cortó la respiración.

Al momento, los demás miembros de la tripulación acudieron en tropel, mezclándose en el pasillo que conducía a la cabina, con lo que se entorpecieron mutuamente los movimientos.

El primero fue Larke, quien creyó ver una sombra que caía sobre él. Para su desgracia, no había hecho más que quitarse la escafandra, cuando oyó el grito de

Gea-Dina,
y salió a ver qué sucedía. Y, sin protección, no pudo evitar que un puño cayera sobre él, pegándole con tal violencia que perdió el sentido. Kaonu corrió una suerte similar a la de Karma-En, porque una cabeza de salvaje, muy parecida a un ariete, fue a incrustarse en su estómago, empujándole hacia atrás y derribando a sus otros compañeros, uno de los cuales estaba intentando extraer un arma de la funda metálica de su cinturón.

El confuso montón de cuerpos en el reducido espacio del pasillo hacía difícil que los hombres de Ioa pudieran defender a sus compañeros caídos, y más, cuando el furioso terrícola arremetió contra los restantes con la acometividad de un toro furioso y ansioso de sangre.

Dano agarró una recia barra de hierro que pendía de unos garfios del muro y golpeó con ella las escafandras de dos «yoaos», rompiendo una y machacando un cráneo.

Otro de los caídos en primer lugar logró extraer su arma y hacer un disparo, con tan mala fortuna que dio a uno de sus compañeros que intentaba salir por la escotilla lateral. El proyectil era sólo letárgico, pero de efectos fulminantes, y el individuo alcanzado quedó con medio cuerpo fuera de la espacionave. Acto seguido, la barra de hierro de Dano cayó sobre el que había disparado, y su rostro se transformó en una máscara de sangre, pues quedó muerto en el acto.

El salvaje terrícola miró en torno suyo y no vio a nadie más.

Ya se disponía a sacar de aquel extraño lugar a sus víctimas, con Dios sabe qué nefastas intenciones, cuando apareció el último de los expedicionarios. El salvaje le vio quedar boquiabierto y soltar los objetos que traía en la mano. Pero antes de poder hacer siquiera un gesto, Dano ya se lanzaba sobre él enarbolando la barra de hierro con ánimo de aplastarle la cabeza.

El hombre de Ioa esquivó el golpe, sabiendo que su casco escafandra no resistiría, pero el hierro le pegó en el hombro haciéndole rodar por tierra con un aullido infrahumano en los labios. Y como intentase arrastrarse, un nuevo golpe le fracturó un brazo y le rompió varias costillas.

Acto seguido, Dano emitió un alarido de triunfo, cuyos ecos fueron a perderse en el interior del navío espacial. Y como nadie

respondió a su desafío, por más que aprestó el oído en todas direcciones, se dispuso a saciar su hambre en el cuerpo de la víctima más cercana.

Pero, al echar mano a su cintura, donde solía llevar el cuchillo, se dio cuenta de que no lo llevaba. En su mente primitiva surgió la idea de haberlo visto en manos del primer enemigo atacado. —Dano ignoraba que se tratase de seres humanos, y mucho peor, no sabía que su primer enemigo fuera una mujer—. Así, saltando por encima de los «yoaos» postrados, regresó a la cabina.

Primero encontró su hacha de sílex, y luego, en el suelo, junto a la mujer desvanecida, halló el cuchillo. Lo recogió, empuñándolo con mano firme.

Y como ansiaba saciar su hambre, y tanto le daba una víctima como otra, con tal de sentir la sangre saliente correr en su boca, se inclinó sobre la mujer de Ioa.

Se había dado cuenta, por el breve y violento conducto que tuvo con ellos, que tales animales no tenían a piel pegada al cuerpo. Y además, a Dano no le gustaba la piel de los animales, por lo que decidió quitársela. Su cuchillo hizo estragos en el traje aislante de Gea-Dina,
al tratar de arrancárselo a tirones violentísimos.

Luego, pegó con el cuchillo en el pecho de la mujer. Y fue tal la violencia del golpe, que la rústica herramienta se le quedó en las manos… ¡rota!

Dano, asombrado, miró su cuchillo y sacudió la cabeza, sin comprender. Era la primera vez que le sucedía esto. ¿De qué clase tendría la piel aquel animal de dos patas que su cuchillo se rompía cuando en el cuerpo de otros animales mayores penetraba fácilmente?

No podía comprenderlo. Y, en su rabia, golpeó la escafandra que envolvía la cabeza de su víctima, viendo, con sorpresa, que el casco salía fácilmente y rodaba por el suelo.

Maravillado, Dano tomó la escafandra transparente y la examinó, mirando de reojo la cabeza de la chica. Antes había creído que campana y cabeza eran una misma cosa. Mas luego, con un gruñido de disgusto, arrojó lejos de sí el casco escafandra y se dispuso a acometer a su víctima con el hacha de sílex.

En aquel instante, el suelo de la cabina se estremeció como si

una mano gigante hubiera sacudido la astronave. Dano perdió el equilibrio y rodó por el suelo, a la vez que escuchaba en el exterior un pavoroso rugido que le era familiar.

El miedo se le metió a Dano en el cuerpo, porque el gigantesco animal que, desde fuera, sacudía la astronave como si fuese una cáscara de tortuga, era el temible tiranosaurio que acudía al olor de la sangre.

Una de sus gigantescas zarpas se había apoderado del «yoao», que quedó medio fuera de la nave sin sentido y lo devoró en un abrir y cerrar de ojos.

Dano se acurrucó en un rincón, temblando como si estuviera poseído de los malos espíritus de la oscuridad; el hambre de su estómago se había esfumado ante el inminente peligro. Luego se recobró un poco, comprendiendo que allí encerrado iba a ser presa fácil para el monstruo; así que se incorporó, corrió por el pasillo y saltó por encima de los cuerpos allí caídos. En la portezuela vio la sombra del gigantesco animal y la enorme garra que pretendía introducirse por la abertura.

Las paredes de la astronave crujían y del techo se desprendían objetos metálicos que rebotaban en el suelo con un tintineo extraño. Toda la nave se estremecía como agitada por un terremoto.

Una voz estridente gritó en la cabina y Dano volvió la cabeza hacia allá, agarrándose al mismo tiempo a las paredes, para no caer.

¿Qué había sido aquel grito? Y, aunque no comprendía, tuvo la sensación de haberlo oído antes.

Saltando por encima de los cuerpos postrados, regresó a la cabina, en la que vio que la mujer se había incorporado. Al ruido que hizo él,
Gea-Dina
volvió la cabeza y vio al salvaje que saltara hacia ella. Lo esquivó hábilmente.

Dano se enfureció más aún y se volvió como una pantera, logrando agarrarla. Mas, en el mismo instante, el navío sideral fue sacudido con nuevos bríos y ambos rodaron por el suelo.

Dano sintió que algo se enredaba en sus pies y, cuando quiso levantarse y agarrar a su enemigo, cayó de bruces. Entonces vio que ella le había puesto en las piernas, sobre los tobillos, algo parecido a una delgada y fuerte liana.

Gea-Dina
había actuado aprisa, utilizando un cable eléctrico. Y cuando él pretendía, lanzando furiosos gritos, librarse de las ligaduras, nuevos cables eléctricos rodearon sus piernas y brazos. Era la mujer, al girar en torno a él con rapidez, la que iba imposibilitando sus movimientos, y pronto, se vio tan enredado en aquellos fuertes cables que sus movimientos quedaron reducidos a vanos forcejeos. No por ello cesó en sus intentos.

El navío fue sacudido de nuevo, y se escucharon los furiosos gruñidos de la fiera que se recostaba sobre la barranca.

Dano, mientras, vio aquella extraña mujer yendo de un lugar a otro, hasta situarse ante una abertura por donde entraba la luz del sol. Luego la vio maniobrar con un tubo largo. Cuando intentaba de nuevo librarse de los cables que le sujetaban, escuchó una explosión ensordecedora, seguido de un espantoso rugido de la fiera. Dano jamás había escuchado aquellas cosas y tembló de terror.

Luego vio a la mujer moverse otra vez, manejando su brillante tubo, y volvió a escuchar aquel estampido de trueno y otro rugido más horrible que el anterior. También, la astronave fue sacudida con mayor violencia, y el techo empezó a hundirse a consecuencias de la presión de una enorme pata.

Pero los estremecimientos de la nave espacial cesaron pronto y un estertor fétido llegó desde fuera. Ahora tembló el suelo débilmente y luego todo quedó quieto y en silencio.

Dano miró a la mujer y gritó de pronto, en su lengua monosilábica, incomprensible para
Gea-Dina:

—¡Tú no ser animal!… ¡Tú ser mujer de otra tribu!

Ella, sin entender nada, muy grave, se le acercó para examinar las ligaduras. Por lo visto, le parecieron suficientemente sólidas, porque se alejó hacia el pasillo, para acudir en auxilio de sus compañeros.

Durante un rato, Dano se quedó forcejeando. Vio que la sangre corría por manos y pies, porque las lianas eran delgadas, pero de una resistencia tal que se le clavaban en la carne.

A los pocos minutos, escuchó voces fuera y la rabia de verse cautivo le hizo redoblar los esfuerzos para soltarse, empleando ahora hasta los dientes. Temía que los animales extraños, entre los

que había descubierto a la hembra, se levantaran y le acometieran de nuevo.

Pero, de pronto, vio junto a él algo que pareció despertar una idea en su primitivo instinto. Se arrastró y tomó el objeto que no era otra cosa que un fleje desprendido del techo bajo la presión de la fiera y que había servido para sujetar los cables de la instalación eléctrica. En sus manos, el fleje fue una lima eficaz, pues por un lado tenía una arista estriada, que en breves instantes cortó el cable de cobre y su aislante.

En cuanto tuvo las manos libres, cortó los que sujetaban sus pies, y se levantó, tomando al mismo tiempo su hacha de sílex, para dirigirse hacia la salida.

Vio a la muchacha inclinada sobre un hombre y escuchó la voz de ella, diciendo algo al herido. Éste fue, precisamente, quien vio a Dano y emitió un grito de aviso.

Gea-Dina

se volvió. Intentó levantarse con rapidez.

Pero el salvaje era rápido como el pensamiento. Cayó sobre ella como una pantera, agarrándola por la cintura, para levantarla en vilo y luego arrojarla al suelo.

La mujer perdió el sentido a causa del golpe. El salvaje la agarró por una pierna, enfundada aún en los pantalones del traje espacial, con botas de metal flexible, y, arrastrándola, la sacó al exterior.

Antes de salir, empero, Dano quiso saber lo que había ocurrido con la fiera que les había atacado, y se asomó al exterior con precaución. Sólo vio una parte del enorme cuerpo del tiranosaurio derrumbado sobre la nave espacial, y una de sus garras, crispada e inmóvil.

La muchacha forcejeó tras él, como intentando levantarse, y Dano le pegó en la cabeza para aturdiría, como solían hacer en la tribu con las mujeres indóciles.

Ella gritó porque ya había agarrado una pistola insensibilizadora que había tirada en el suelo y que ya se disponía a disparar contra él. El golpe la atontó, y la pistola quedó engaritada en su mano.

Luego, Dano la sacó fuera, se la cargó al hombro y huyó lejos de allí, hacia las montañas. Ni siquiera se detuvo a ver el enorme animal muerto sobre la quebrada.

Dano ya tenía mujer…

CAPÍTULO III



l poco tiempo, en Yhanka, se dio como cierta la muerte de todos los componentes de la expedición científica, entre los que estaba Gea-Dina, la esposa de Tama-Va, a quien el Gobierno Central transmitió el pésame oficial, otorgándole al mismo tiempo una condecoración por los servicios prestados a la Ciencia.

También se comunicó a la Sección de Arquitectura para que el nombre de Gea-Dina fuese esculpido en el monolito o lápida que había ante el Instituto de Historia y Etnología. Con esto, las aspiraciones de Tama-Va llegaban a su cénit. Estaba seguro de que se reconocería su dolor y

pronto su nombre sería propuesto para un cargo más alto.

Así fue. Meses más tarde, una comisión de los Ancianos lo llamó a la sede del Gobierno Central.

Vestido con sus mejores galas, Tama-Va puso expresión condolida, se adornó con el brazalete de los viudos, y se hizo llevar ante la comisión de los Ancianos. Era el primer paso para su ingreso definitivo en el Consejo de los Mil.

La entrevista fue breve. El presidente de la comisión habló primero cuando Tama-Va compareció ante él, abatido y hundido el semblante.

—En su día, amado Tama-Va —dijo el hombre con la pomposa retórica empleada por los dirigentes del gobierno—, sentimos todos en lo más hondo de nuestros corazones la sensible pérdida de su valiente y abnegada esposa, muerta en circunstancias trágicas, sin haber podido cumplir sus deberes cívicos, tal como disponen las leyes.

«Hondamente impresionado, el Gobierno Central ha decidido recompensarle a usted por tal pérdida, aceptándole, pese a su edad, y teniendo en cuenta los méritos contraídos, para que forme parte del Consejo de los Mil Ancianos. Sus conocimientos históricos y etnológicos serán muy útiles al gobierno, estamos seguros».

Tama-Va, disimulando su alegría, extendió ambos brazos, en señal de acatamiento, y alzó la cabeza al cielo.

—Yo me someto a los sabios consejos de los Ancianos. Soy joven, sí, pero viejo en experiencia. Mi dolor es grande, pero ello no impedirá que sirva a Yhanka con todo mi saber y ciencia.

Los miembros de la comisión asintieron con sus cabezas y luego indicaron a Tama-Va que se acercase al sitial. Tama-Va obedeció. Pasó ante todos ellos, dejando que, primero el presidente, y luego los demás, pusieran un instante sus manos sobre su cabeza, mientras murmuraban:

—Sé bienvenido al seno de los Mil Ancianos.

Todos repitieron la fórmula, y después, envolviéndose en sus

clámides, se retiraron, dejando al neófito ante el sitial, hundida la cabeza en el pecho, como un dolorido mártir, pero rebosante su corazón de alegría.

Cuando el último de los ancianos hubo salido de la sala,
Tama-Va
levantó la cabeza, dio media vuelta se dirigió a la salida. Iba caminando despacio, con dignidad, más él creía estar volando sin alas sobre una nube rosada.

¡Y ni siquiera tuvo un pensamiento de gratitud hacia la mujer cuyo sacrificio le dispensaba el alto honor que le habían otorgado los ancianos!

* * *

Tama-Va
fue relevado de su mando en la Sección de Historia y Etnología, y, al día siguiente, con gran pompa y boato, fue investido con los atributos de los dignatarios del Gobierno Central. Se le hizo una ceremonia fastuosa, con mucho ritual, brillantez y colorido. Se decía en Ioa que sólo los «yhankos» sabían dar fastuosidad a sus ceremonias, y era cierto.

Durante más de cinco horas, en el gran salón ambarino del Consejo del Gobierno, se estuvo celebrando el ritual de admisión de un nuevo miembro, ante cuyo trono fueron a postrarse maravillosas vírgenes que simbolizaban las virtudes. Por ejemplo, allí estaba una muchacha de ojos rasgados, adornada con una larga cabellera que agitaba constantemente al aire, emitiendo gritos de invocación para que los dioses de Ioa dieran prudencia al nuevo gobernante.

Otra muchacha, bella como una escultura, simbolizaba la Virtud, y sus gritos así lo pedían a los dioses, para
Tama-Va.
También estaban allí, simbolizados en hermosas jóvenes, la Justicia, la Sabiduría, la Elocuencia, la Sensatez, la Valentía, la Honestidad, la Sagacidad, y muchas más.

Por otra parte, los representantes del pueblo de Yhanka también acudieron a ofrecer su acatamiento a
Tama-Va.
Allí comparecieron, en primer lugar, los guerreros, los navegantes,

los arquitectos, los comerciantes, los médicos… En fin, todas las ramas y profesiones de la gran metrópoli, así como dirigentes menores de las poblaciones circundantes.

Luego se tomó juramento a
Tama-Va,
y a continuación se inició el gran banquete en la gran sala circular de la sede del gobierno, en la que se sirvieron los mejores platos y los más selectos vinos, mientras centenares de jovencitas evolucionaban en el centro, bailando y revoloteando en derredor, envueltas en sutiles velos transparentes.

El consejo de los Mil Ancianos no acostumbraba a admitir con frecuencia a nuevos miembros. Tampoco eran mil en números redondos. Los ancianos que fallecían eran sustituidos al iniciarse las nuevas asambleas bianuales y, en tales casos, se hacía una ceremonia para varios miembros.

El caso de
Tama-Va
era distinto. Ya pertenecía al gobierno. Y, además, su cónyuge había fallecido en cumplimiento del deber, en misión científica. Era como el caso excepcional del consejero
Iova-Ken,
cuya mujer había muerto luchando junto a su marido, en el sur, contra los «yoaos».
Iova-Ken,
por lo tanto, de famoso general pasó a la sede del Gobierno Central con todos los honores.

En la historia de Yhanka se habían dado bastantes casos análogos y como los Ancianos eran apegados a la tradición, jamás pasaron por alto un sacrificio sublime de aquella índole. La esposa de un dignatario era tan sagrada como el propio dignatario. Claro está que no todas las mujeres podían sacrificarse por sus maridos. Éstos eran casos aislados.
Tama-Va
había hecho bien las cosas. Planteó la situación ante sus superiores del modo siguiente: necesitaba hacer dos cosas importantes a un tiempo. La primera consistía en estudiar un libro de matemáticas que le habían remitido desde el sur, y que era de la mayor importancia, dadas las teorías expuestas, hacía muchos siglos, por

un sabio «yoao» que había medido la extensión del tiempo.

Esto era importante, sí. Pero también lo era el volver a Vara, a terminar los estudios del profesor Arra-Kaon, muerto en cumplimiento de su deber. Y por tanto, requerido el conveniente permiso, Tama-Va logró que se otorgase autorización para que su reciente esposa, Gea-Dina, fuese enviada al frente de la expedición a Vara. Él, por su parte, se dedicaría al estudio del manuscrito matemático.

Por suerte, el trabajo que se asignó Tama-Va era, en verdad, de prioridad absoluta, dado que su estudio reveló algo vital para la ciencia histórica. Así, el viaje de Gea-Dina a Vara estaba plenamente justificado.

Y cuando la astronave «yhanka» dejó de trasmitir y la muerte de los expedicionarios se dio por segura, los ancianos no perdieron tiempo en recompensar a Tama-Va. Fruto de aquella recompensa era la ceremonia que se estaba celebrando en Yhanka, y de la cual salió el historiador con su dignidad de miembro del Consejo de los Mil.

¡Lo había conseguido!

Ahora, el dispositivo de la legislación de Yhanka estaba al alcance de Tama-Va, y pronto podida lanzar sus discursos a los cuatro vientos, buscando apoyo entre sus colegas para modificar las leyes.

Tal era la máxima ambición de Tama-Va. Hacer leyes más justas, hacerse famoso por su sabiduría y su prudencia, y llegar a ser, con el tiempo, el Presidente del Consejo de los Mil. Tama-Va aspiraba a ocupar ese cargo, porque tenía por delante muchos años de vida. Era mucho más joven que el resto de sus colegas, por lo que era lógico suponer que éstos morirían antes que él.

El puesto de Presidente lo ocupaba el muy digno y magnánimo Bet-Doga, quien frisaba ya el sexto «lapso histórico», lo cual indicaba que sus días estaban acabándose, pese a que se conservaba fuerte y ágil. Pero Tama-Va no tenía prisa. Aunque muriera Bet-Doga y eligieran otro presidente en su puesto, transcurridos pocos años estaría él en condiciones de aspirar al cargo. Ya sabría prepararse el terreno convenientemente.

De lo que sí estaba seguro era que llegaría a regir los destinos de Ioa. En su mente no había nacido aún la idea de recurrir a medios sórdidos y violentos para facilitarse el camino. No, no lo había pensado aún, pero estaba predispuesto a ello. Tama-Va era de los hombres que no vacilarían en matar alevosamente a un amigo con tal de conseguir lo que se proponía, aunque sus aspiraciones fueran las de hacer leyes más justas, acabar con las guerras y volver al pueblo de Ioa a sus antiguas creencias monoteístas, o sea, adorar a un solo Dios, al verdadero, y del cual dependían todos. Volver al primitivismo histórico, en el que los seres de Ioa se habían amado como hermanos, habían vivido de su trabajo, sin luchas ni deseos de conquista, y en el que la vida había sido un verdadero remanso de paz y sosiego.

¡Para lograrlo, Tama-Va no vacilaría en matar, si llegaba el caso!

* * *

Mientras, a muchos millones de kilómetros de distancia, en Vara (la Tierra), el hombre primitivo imponía su voluntad y su fuerza sobre una mujer mucho más civilizada que él. Y Gea-Dina, impotente, empezaba a comprender su debilidad.

Dano había llevado a su cautiva a una gruta de la montaña y allí la había dominado, aunque para ello tuvo que golpearla primero y

dejarla sin sentido. Le había quitado la pistola insensibilizadora, la cual enterró en un agujero del suelo, como si fuese un talismán extraño.

Con las destrozadas prendas que apenas la cubrían, Gea-Dina se tapó, pudorosamente, y en ningún momento dejó de mirar de soslayo al hombre que le impedía salir de la cueva.

Pero allí no había alimentos. Y Dano sabía cuál era su obligación. Así, el hombre debía mantener a la mujer que ya consideraba suya. A su modo, Dano se consideraba el compañero de ella.

Al sentir hambre, pues, tomó su hacha de sílex y se fue de caza. La suerte pareció haber cambiado para él. Encontró una presa fácil, a la que pudo matar. Y luego, jubiloso, con el animal muerto a la espalda, regresó a la caverna.

Su asombró fue enorme al ver que Gea-Dina no estaba allí.

Furioso, emitió un rugido de animal herido, arrojó su presa al suelo y salió de nuevo en busca de la mujer. Él no comprendía que ella hubiese huido durante su ausencia, y supuso que algún enemigo se la habría quitado.

Corrió por entre las peñas, buscando con denuedo. La suerte le acompañó de nuevo, al descubrir en tierra un rastro de sangre, no muy abundante, que le llevó hacia un bosquecillo de árboles frutales gigantes.

Allí encontró a Gea-Dina tendida sobre el césped, con una herida en el brazo. Se había caído entre las rocas, al huir, produciéndose un corte superficial en la epidermis.

Gruñendo, satisfecho, Dano levantó en brazos a la mujer y regresó con ella a la cueva.

Durante el camino, Gea-Dina recobró el sentido y, al verse en brazos de Dano, prorrumpió en gritos, forcejeando para librarse de él y escapar de nuevo.

—¡Suéltame, inmunda bestia! ¡Salvaje, animal prehistórico,

bruto…!

Dano, al escuchar aquellos gritos y ver los inútiles esfuerzos de ella para soltarse, sonreía, diciendo en su tosco lenguaje que
Gea-Dina
no comprendía en absoluto:

—Eres mi mujer… Eres mía y yo te cuidaré… Tú me darás hijos y yo los enseñaré a cazar… Iremos más allá de los montes blancos y formaremos una gran tribu.

—¡Suéltame, déjame, salvaje!

Ambos hablaban distinto lenguaje y no se entendían. Dano, empero, no estaba dispuesto a dejar escapar a su mujer, y la apretaba contra su pecho, acariciándole la nariz. Tampoco estaba en su ánimo hacerle el menor daño. Por eso, cuando llegaron a la cueva, la depositó en un rincón con cuidado.

—Yo cazaré un animal de piel fina para ti, Wona.

Wona, en el lenguaje primitivo de Dano, significaba mujer, como hombre se pronunciaba Aan. Y así fue cómo empezó el diálogo entre aquellos dos seres tan distintos, una originaria de un mundo aislante y civilizado, y el otro oriundo de la Tierra, en aquellos remotos tiempos de la prehistoria.

—Tú aprende mi lengua, Wona —dijo Dano, indicándose la boca y gesticulando, sentado ante ella.

A la luz que entraba por la boca de la cueva, cubierta su desnudez con los restos de lo que habían sido sus ropas,
Gea-Dina
miraba aterrada al salvaje que tenía delante.

—¿A-ni-mal? —pronunció Dano, deletreando las palabras de ella —. ¿Ve-te, sal-va-je? —Y en su lengua primitiva inquirió—: ¿Qué quieres decir?

—¡Eso mismo, animal, salvaje! —repuso ella en «yhanko», recurriendo a todo el odio que podía ser expresado con palabras.

Dano mostró los dientes, divertido.

No comprendía. Ni le importaba el no comprender. Él conocía sus obligaciones y estaba dispuesto a cumplirlas.

—Yo traeré una piel para tu cuerpo… te daré comida… ¡Tú comer! ¿Entiendes?… ¡Comer! —Dano señaló el animal muerto que había dejado a un lado de la cueva—. Espera, te daré la mejor parte.

Dano se levantó y se acercó al animal. Con ayuda de su hacha de sílex, empezó a despellejarlo con gran habilidad. Eligió una pata y la cortó con recios y seguros golpes, mientras
Gea-Dina
se incorporaba, con expresión angustiada, y le miraba con ojos horrorizados.

Con un gran pedazo de carne sanguinolenta, Dano se dirigió a ella y se la ofreció, diciendo:

—Tú comer… Esto es bueno… El que no come no puede vivir.

—¡Llévate de aquí esa porquería! ¡Esto es repugnante! —El gesto de desprecio de ella dejó confuso a Dano.

—¿No quieres comer?

—¡No! —rechazó ella.

Esta negación fue la primera palabra que Dano aprendió del lenguaje, «yhanko». Se quedó mirando a
Gea-Dina,
repitiendo «no» durante un largo rato.

Luego, encogiéndose de hombros con extraña filosofía, se sentó delante de ella y empezó a dar dentelladas al muslo del animal muerto, repitiendo una y otra vez la palabra de la muchacha.

—No… No… No…

Aquella noche, mientras Dano dormía profundamente, a un lado de la caverna,
Gea-Dina,
que había permanecido despierta, se deslizó con sigilo hacia la salida. De nuevo intentaba huir, escapar de aquel salvaje que la había maltratado, humillándola acerbamente, puesto que ella no había aceptado de buen grado el rapto por el cual Dano la consideraría siempre como su esposa y compañera.

Logró salir al exterior y escabullirse entre las rocas, hacia el bosquecillo de árboles gigantes. Pero no pudo ir muy lejos. En la oscuridad reinante, de pronto, se sintió sujeta por una pierna, mientras algo gelatinoso y blando se enroscaba en su cuerpo, inmovilizándola por momentos.

La sensación que tuvo
Gea-Dina
fue tan horrible que lanzó un grito agudo, que despertó a Dano. E, instantes después, él salía al exterior para acudir en su socorro.

Parecía extraño, pero los hombres como Dano, habituados a vivir en medio de la naturaleza más primitiva, tenían adaptados sus sentidos al medio ambiente, y por tanto, eran capaces de ver en la oscuridad, aunque, naturalmente, no con tanta perfección como a la luz del día.

Y Dano vio a
Gea-Dina,
debatiéndose entre los anillos de una especie de reptil-pulpo, cuyos blandos tentáculos se enroscaban ya por todo el cuerpo de ella. Sin vacilar, el hombre saltó contra el animal y empezó a golpear con su hacha, buscando los sitios vitales del blando y viscoso animal.

Entre los gritos pavorosos de
Gea-Dina,
el animal de la noche empezó a retorcerse, perdiendo tentáculos que caían al suelo con extraños temblores, como si aún estuvieran provistos de vida, y, poco a poco, la muchacha fue siendo liberada. Al separarse del animal, la mujer se refugió en los brazos de Dano.

Ésta fue la primera conquista de Dano, el «Aan» (hombre).

Luego vinieron otras, hasta que
Gea-Dina,
comprendiendo qué no podía hacer otra cosa, empezó a rendirse, sometiéndose a la voluntad férrea, ruda y dominante del cazador.

* * *

Cruzaron las montañas blancas, dirigiéndose hacia el sur, donde los árboles daban más fruto y la caza era abundante y fácil. Durante aquellos días, Dano y
Gea-Dina
habían aprendido una especie de lenguaje común, mezcla del «yhanko» de Ioa y del nativo de Dano.

También obtuvo él un maravilloso regalo de ella: el fuego.

Cuando el hambre empezó a roer las entrañas de la mujer, aceptó comer carne, pero antes fue preciso asarla. Utilizando un palo seco, lo estuvo haciendo girar rápidamente entre las manos, apoyado en una rama desgajada, hasta que salió humo y luego se encendió la hojarasca puesta en torno.

Dano quedó maravillado al ver brotar las llamas.

Y más aún, cuando Gea-Dina avivó el fuego, poniendo más ramas encima hasta formar una hoguera.

—Fuego… fuego —dijo a Dano, y él, como tenía por costumbre, repitió la palabra, admirado de aquella maravilla.

En el fuego, ella asó la carne que él le proporcionó, aunque ni siquiera así le satisfizo. Pero pronto halló la solución al problema de su paladar. Se lo proporcionó un mineral que encontró, días más tarde, a flor del suelo, y que probó con la punta de la lengua.

—¡Sal! —exclamó Gea-Dina al identificar el compuesto de cloro y sodio, o sea, el cloruro sódico de la sal común.

Cuando Dano volvió de cazar, se encontró con que Gea-Dina tenía la comida preparada para los dos, a base de venado asado y rociado con pequeñas partículas blancas.

—¿Qué es esto? —preguntó él, receloso.

—Sal, para sazonar la carne, Dano. Debes tener presente que soy una mujer civilizada.

Dano iba comprendiendo poco a poco el lenguaje de ella, y aunque no todo, sí empezaba a darse cuenta del sentido de muchas palabras. También empezaba a comprender que Gea-Dina no era una mujer como las de su tribu.

Una noche, mientras comían a la entrada de una cueva, cerca del maravilloso fuego creación de Gea-Dina, el cual ahuyentaba la oscuridad y asustada a los animales salvajes de la noche, ella le habló:

—Hemos de volver a donde me encontraste, Dano.

—¿Volver?… ¿Ir para atrás? ¡No te entiendo! Vamos hacia el suelo fértil, en el que abunda la caza y los árboles dan fruto.

—Pero es que yo no soy de este planeta, Dano. Tengo que volver con los míos… ¡Debo ir con mi marido!

—¿Marido? ¿No soy yo tu marido?

—No, Dano. Estoy casada con otro hombre, al que no quiero,

pero a quien correspondo por derecho.

Dano había de pensar en aquello durante mucho tiempo. Se negó, naturalmente, a volver donde había estado a punto de perder la vida a manos de Gea-Dina y sus seguidores, y esto era algo que su instinto, más que su inteligencia, no podía olvidar. Pero su mente estuvo dándole vueltas al hecho de que ella tuviera otro hombre en otra tribu. Y, al fin, un día, habló de esto con ella.

—Gea-Dina —le dijo, caminando a su lado—, ¿vive tu hombre?

Sorprendida, ella le miró y luego asintió con la cabeza.

—Sí, aún vive. Pero ya no le pertenezco. Ya no soy suya, sino tuya.

Él negó, diciendo:

—No, eres de él. Si vive, tienes que volver con él. Uno de mis hermanos, Kamo, encontró un día, mientras cazaba, a una mujer durmiendo junto a un río. Se la llevó, sin entender el lenguaje de ella. Y la mujer de Kamo ingresó en nuestra tribu. Poco a poco fue aprendiendo nuestro lenguaje. Un día, dijo a Kamo que su tribu vivía al norte, en el claro de un gran bosque, y que pertenecía a otro hombre, con el cual había tenido hijos.

Gea-Dina le escuchaba conteniendo el aliento. Aun sin entender muchas de las palabras de él, creía estar escuchando una historia parecida a la suya. La historia violenta de las relaciones humanas de un pueblo salvaje y primitivo como era aquél al que pertenecía Dano. Y, sin embargo, Dano, igual que sus hermanos de tribu; se regía por un código ancestral y sagrado de respetar la mujer del prójimo.

—¿Qué hizo Kamo? —preguntó con un hilo de voz.

—Se fue a devolverle a su mujer y ya no volvió más —terminó Dano, con acento de tristeza—. No volvimos a verle.

—¿No tuvo hijos con ella? —preguntó Gea-Dina, casi sin voz.

—No. La mujer de Kamo era estéril, pero ella dijo que había tenido hijos con su otro hombre.

—Y si hubiera tenido hijos, ¿qué habría hecho Kamo?

—Dejar los hijos en la tribu y devolver la mujer. Mi padre así lo

había dispuesto.

—Yo no quiero separarme de mi hijo —musitó ella.

—No tienes ninguno —habló él.

Hubo una pausa, que fue rota por Dina. Se acercó a él y le dijo, en voz baja:

—No lo tengo aún… Pero voy a tenerlo pronto.

De momento, Dano no comprendió. Fue preciso que ella repitiera su declaración para que él se diera cuenta de la verdad. Antes de poder reaccionar, Gea-Dina se había acurrucado contra su velludo pecho, como buscando protección en él.

La naturaleza había hecho un prodigio. Dos seres de distintos mundos, pero de metabolismo semejante, eran capaces de procrear y engendrar. Y la más maravillada era Gea-Dina, pues a él le pareció la cosa más natural del mundo.

Dano ni se alegró siquiera. Había visto nacer a tantos niños en su tribu…

Meses después fue preciso detenerse. Gea-Dina apenas podía caminar. Además, dijo a Dano que necesitaba un lugar para traer al mundo a su hijo.

—¿No puedes hacerlo aquí? —preguntó él, señalando el duro suelo.

—¡No! —gritó ella—. Supongo cómo nacerán los niños en tu tribu, y supongo que muchos morirán. Pero yo quiero que el mío viva, y necesito condiciones adecuadas de seguridad, protección e higiene. En mi espacionave tengo muchos medicamentos y abrigo. ¿Por qué no volvemos allí?

Él negó con la cabeza, diciendo con obstinación:

—No, iremos hacia el sur.

—Si no quieres volver a mi espacionave, hazme una casa en condiciones, cerca de un río o estanque. Necesitaré fuego y agua caliente, una piel de oso…

—En mi tribu los niños nacen sin fuego ni pieles. Se les viste cuando son mayores.

—¿Y cuántos mueren sin llegar a mayores? —inquirió ella.

—Muchos. Pero es porque el Gran Espíritu los quiere para su

ejército y se los lleva.

Empero, Dano construyó a
Gea-Dina
la casa que ella exigía, cerca de un torrente de aguas limpias, al abrigo de los vientos, y con un suelo cubierto con pieles de animales cazados por él. También le hizo ella, mientras esperaba la llegada de su hijo, un arco y varias flechas.

Dano, al ver aquel objeto, quedó maravillado. Conocía el arma, por haberla visto en manos de hombres de otras tribus, pero nunca había sido capaz de hacerla. Y todo el secreto estaba en la cuerda, que
Gea-Dina
había hecho con una tripa seca de un animal muerto.

El zumbido del arco al arrojar la flecha con fuerza regocijó a Dano, quien saltó y brincó de alegría, como un chiquillo al que regalan un precioso juguete.

—¿Te gusta, Dano?

—¡Mucho «Wona», mucho! ¿Empleaban estas cosas en tu tribu?

Ella sonrió con cierta tristeza y respondió:

—No, allí se emplean otras armas más modernas y complicadas. Tenemos rifles capaces de abatir a un gigantesco árbol de un solo disparo. Y se utilizan también pistolas que dejan sin sentido a los hombres.

—¿Pistolas? ¿Qué es eso?

—¿Recuerdas el arma con la que disparé contra ti, haciéndote dormir? Yo tenía una, que debió de quedarse en la astronave… ¡Ah, Dano, si me entendieras bien podría explicarte muchas cosas que tú no comprendes!… Pero lo que más me gustaría es…

Al ver que ella vacilaba, Dano preguntó:

—¿Qué es,
Gea-Dina?

—Me gustaría cortarte el cabello. Estoy segura de que tu cabeza adquiriría un aspecto más humano.

Dano retrocedió unos pasos, asustado. Se tocó la enmarañada cabeza y preguntó:

—¿Quitarme el pelo? ¿Quieres matarme?

—No, Dano. No deseo matarte. Me he acostumbrado a ti y sé que no podría vivir en este mundo extraño sin tu ayuda… Sólo

deseo que parezcas más humano. Si los míos no envían otra espacionave a buscarme y he de quedarme aquí, prefiero más estar contigo.

—Y si me cortas el cabello, ¿no moriré?

—No, no morirá, «Aan». Estarás muchísimo más guapo.

—¿Guapo? ¿Qué es eso?

—No sé cómo explicártelo. Pero gustarás más a tu mujer.

Dano entendió esto y sonrió. Dijo:

—Puedes cortarme el cabello… Te dejo.

La labor se realizó toscamente con dos piedras afiladas. Durante la operación, Dano lanzó muchos gritos de dolor, cuando
Gea-Dina
no manejaba bien las dos piedras y le tiraba de los pelos. Pero, al fin, la cabeza del hombre quedó con aspecto más civilizado, según la costumbre de Ioa, y Dano, tentándose la cabeza, fruncía el ceño y miraba la pelambrera que había en el suelo.

—Puedes ir a mirarte al remanso del torrente, Dano… ¡Me gustas mucho más!

La flecha y el arco, el corte del cabello, y el hijo, un precioso y robusto niño que vino, al fin, cambiaron por completo a Dano, cuyo sentido de la adaptación estaba muy desarrollado en él, haciéndole comprender que ella era más inteligente que él.

Así, una noche, mientras el niño lloraba, Dano dijo a
Gea-Dina:

—Creo que será mejor que volvamos al norte. Tu tribu debe buscarte. Yo viviré con vosotros entre los tuyos…

—¿Por qué dices eso, Dano?

—Tú sabes muchas cosas. Tu tribu será fuerte y quiero que nuestro Dadi sea listo como su madre.

—Pero es que… No sé qué dirá mi tribu al verte… Yo tengo allí un marido.

—¿Y tienes hijos?

—No, ya te lo dije. Ni siquiera mi marido me quiere, ni yo le quiero a él… ¡No, Dano; será mejor quedarse aquí! ¡Nosotros podremos formar una gran tribu! Yo te enseñaré a hacer armas para defenderte de los animales. Te enseñaré a construir casas y sembrar la tierra para que nunca nos falte la comida.
Gea-Dina

hablaba como una iluminada. Había pasión y entusiasmo en su acento, al decir:

—¡Formaremos un mundo nuevo, mucho mejor que Ioa!

CAPÍTULO IV


in lugar a dudas,
Tama-Va
estaba demostrando ser un hombre hábil y protegido de los dioses. Ingresó con buen pie en el Gobierno Central, y pronto se escuchó su consejo con atención cuando se debatía algún asunto de interés. Gracias a él, los recelosos pobladores de Oriente, una gran raza encastillada en sus fortificaciones de acero, metal del que disponían en abundancia, fueron convencidos para tratar con los «yhankos» y firmar una alianza de mutua no agresión.

En realidad, y en contra de los deseos de
Tama-Va,
la alianza sirvió para que
Bet-Doga
enviara a la región de los «frogos», como se llamaban los habitantes de Oriente, varias legiones de guerreros disfrazados, los cuales, fingiéndose comerciantes, artistas y educadores, supieron ocupar los

puntos álgidos de los inexpugnables baluartes y conquistar por medio de la traición lo que no habían podido conseguir con las armas.

Los «yhankos» se apuntaron un gran triunfo. Bet-Doga quedó como lo que era, un astuto y sutil gobernante, pero
Tama-Va
también conquistó méritos, pues él había negociado de buena fe el acuerdo con los «frogos». Y aunque se enojó al tener noticias de la añagaza del Presidente, supo sacar partido de su actuación.

También fue votada una ley que arreglaba las pensiones de los guerreros retirados, y en la que
Tama-Va
figuró como ponente, ganándose las simpatías de todos los «yhankos» cuya situación mejoraba. En realidad, dicha mejora fue posible imponiendo un fuerte tributo a los pueblos sojuzgados, pero a los «yhankos» beneficiados les importaba muy poco de donde viniera la riqueza que les mejoraba sus condiciones de vida.

Y así,
Tama-Va,
con prudencia y sagacidad, se fue acercando al alto cargo que anhelaba. Por otra parte, recurrió a su influencia política para persuadir al nuevo jefe de la Sección de Etnología del Departamento de Historia, a fin de que no enviase más expediciones a Vara. Por lo que pudiera ser,
Tama-Va
no quería que
Gea-Dina
volviera. Si había muerto, mejor para ella, pues esto era lo que su seudomujer deseaba cuando la conoció. Pero podía darse el caso que no hubiera muerto y que estuviera perdida por las grandes selvas de Vara. Y una expedición enviada a inspeccionar podría encontrarla.

En caso de ocurrir esto, la situación de
Tama-Va
podía verse un tanto comprometida, pues debía el puesto a la muerte de su mujer. Y si volvía, alguien podría sentirse defraudado y presentar una protesta que en nada le beneficiaría.

El nuevo jefe de la Sección de Etnología supo estar a la altura de

las circunstancias y complació a
Tama-Va
en todo lo que pudo.

—Descuide usted, señor. Comprendo su interés y le aseguro que ninguna astronave saldrá de Yhanka para Vara… ¡Es mejor que los muertos descansen!

—Y dejen descansar a los vivos, querido amigo —replicó
Tama-Va
satisfechísimo—. No le olvidaré nunca.

—Así lo espero, señor —respondió el otro, ladino.

Luego, algún tiempo después,
Bet-Doga
enfermó.

Y como era viejo, la medicina nada pudo hacer por él. Murió al cabo de pocas semanas, y todo Ioa se vistió de luto por la muerte del Presidente del Consejo de los Mil Ancianos.

Pasado el dolor, los dignatarios del Gobierno Central se reunieron para nombrar nuevo Presidente. Después de varias deliberaciones, salió elegido un nieto del famoso profesor Varin, el descubridor del procedimiento «Rutor-1» o «1-Rutor», que anulaba la voluntad de los esclavos. Se llamaba
Varo-Feer
y su prudencia y discreción era proverbial entre los Ancianos.
Tama-Va
fue de los primeros en granjearse la confianza del nuevo Presidente, y así obtuvo el cargo honorable de consejero privado de la Presidencia. Ya se estaba acercando a su objetivo anhelado.

Trabajó mucho y bien
Tama-Va
en su nuevo puesto, haciéndose imprescindible. Era mucho más joven que sus colegas, y no vacilaba en ocuparse de trabajos, estudios y proyectos que los otros, más viejos y cansados que él, no podían o no querían hacer. Esto le granjeó simpatías y compromisos. Muchos consejeros, aliviados por la ayuda de
Tama-Va,
le prometieron su voto para cuando hubiera que sustituir a
Varo-Feer,
que también era viejo y no podía vivir mucho.

Durante aquel tiempo, Tama-Va empezó a preparar su Gran Reforma. Trabajó en ella durante muchos meses, asesorado por fieles ayudantes que compartían sus mismos ideales. En primer lugar, Tama-Va pretendía acabar con las guerras y dejar en paz a los pueblos que quedaban por sojuzgar al sur del planeta. La segunda fase de su programa era la revolución industrial, en la cual debían tomar parte todos los guerreros de la nación, trasladados a sus nuevos puestos, en los que debían adaptarse.

Esto sería difícil, pues existían miles de generales cuya vida se había desarrollado en la guerra, y a través de la cual aspiraban a la gobernación de los pueblos conquistados y, más tarde, a formar parte del Consejo de los Mil Ancianos.

También pensaba Tama-Va acabar con el politeísmo y volver a la religión antigua de un solo Dios verdadero. Para ello debía remover las conciencias de seis mil millones de seres, cosa nada fácil, pero contaba con la ayuda del ejército que, una vez retirado de los campos de batalla, sería preciso emplear, al menos en parte, para mantener el orden público.

Y otro problema que se le planteaba a Tama-Va era el de modificar, transformar o eliminar las grandes factorías de material de guerra, en las cuales se iba más de la mitad del presupuesto de Yhanka.

No era tarea fácil, sin duda. Pero Tama-Va quería realizarla, aunque para ello hubiera de emplear todos los «lapsos» de su vida. Y, en primer lugar, necesitaba ser elegido Presidente del Consejo, y por tanto, jefe del Gobierno Central de Yhakanda, la metrópoli más importante de Ioa.

Algo, empero, estuvo a punto de echar por tierra los planes de Tama-Va, debido a una indiscreción de uno de sus ayudantes, a quien el dignatario y ex jefe de la Sección Etnológica del Departamento de Historia había prometido un alto cargo cuando se impusiera la Gran

Reforma.

La indiscreción llegó a oídos de
Varo-Feer,
quien, antes de tomar ninguna medida, estimó más conveniente llamar a su consejero privado. Y la entrevista no pudo ser más violenta.

A solas en el despacho de
Varo-Feer,
Tama-Va,
asustado, bajó la cabeza cuando el Presidente le preguntó:

—¿Por qué preparas un plan que destruirá nuestro poderío en Ioa,
Tama-Va?…

—¿Yo, señor Presidente? No sé de qué…

—¡No mientas,
Tama-Va!
Estoy enterado de que aspiras a mi puesto para hacer cambios revolucionarios. Eso puedo considerarlo como traición.

—¡No soy un traidor, señor! ¡Trabajo por el bienestar de todos! No aspiro a llegar a ser Presidente, sino a crear leyes justas y loables… ¡Señor, escuche, puedo exponerle mis ideas, ya que alguien le ha hablado de ellas! Verá mi honesta y noble intención. Incluso, si le parecen buenas, usted mismo podría proponerlas y, con la mayoría de votos que le confiere su cargo, legislarlas y hacerlas cumplir… ¡Sería usted el Presidente más elogiado de todos los tiempos!
Varo-Feer
cometió la estupidez de escuchar a
Tama-Va,
sin darse cuenta de que se despertaba su interés ante aquellas frases laudatorias y persuasivas. E incluso llegó a más. Permitió que
Tama-Va
saliera del palacio y fuese a buscar los documentos que tenía preparados.

¡Con esto no hizo más que firmar su sentencia de muerte!
Tama-Va
había llegado a un punto en que no podía volverse atrás. Y tampoco estaba dispuesto a que

Varo-Feer
se entusiasmara con la idea de la Gran Reforma y quisiera implantarla él, recabando para sí los honores de la posteridad. Aunque también cabía el caso que
Varo-Feer
no estuviera de acuerdo con aquella revolución social, con la que se acabaría el control de los matrimonios y los hijos del estado, y le hiciera encarcelar y luego ejecutar.

No,
Tama-Va
no podía correr tales riesgos. Y supo actuar con una celeridad digna de mejor causa, a fin de eliminar todo riesgo.

El procedimiento empleado no pudo ser más sutil y artero, a la vez que simbólico, dado que
Varo-Feer
era descendiente del famoso profesor Varin, el inventor del «1-Rutor». Y fue este aparato el que empleó
Tama-Va
para eliminar al Presidente.

No tuvo dificultad
Tama-Va
en sacar el «1-Rutor» de la Sección de Etnología del Departamento de Historia, meterlo en su autobólido y dirigirse a palacio.

Con él iban
Bak-2,
el fiel esclavo «yoao», y el otro individuo, que le ayudaron a transportar el aparato.
Tama-Va
no tenía la menor dificultad en penetrar en palacio, dada su condición de consejero privado del Presidente. Nadie, ni siquiera la guardia personal, le impidió el paso a él y a sus acompañantes.

Antes de entrar en el despacho,
Tama-Va
dijo a
Bak-12:

—Yo entraré primero. Tú cuentas hasta diez, y en seguida entráis los dos. Cerráis la puerta rápidamente y colocáis el «1-Rutor» ante la mesa del presidente

Varo-Feer.
No habéis de perder ni un segundo en hacerlo funcionar. Yo me cuidaré de que no grite.
—Muy bien, señor —fue la respuesta del esclavo sin voluntad.
Tama-Va
entró en el suntuoso despacho del Presidente y saludó.
—¿Has traído esos documentos, consejero? —Fue lo primero que preguntó
Varo-Feer.
—Sí, señor. Los traen dos esclavos que entrarán ahora mismo. —Tama-Va avanzaba hacia la mesa del alto dignatario—. He creído conveniente traer un proyector de falsas imágenes futuras, a fin de que se haga usted una idea de mis proyectos. Pero quiero decirle que…
Tama-Va
se lanzó de pronto hacia el Presidente, rodeando la mesa y sujetó al otro antes de que tuviera tiempo de reaccionar. El agresor era mucho más joven y ágil que el agredido, y éste no pudo oponer la menor resistencia.
Inmediatamente después se abrió la puerta y
Bak-12
y su compañero entraron con el aparato emisor de frecuencias sensoriales. No hicieron más que ponerlo en el suelo y descubrir su enfoque, al mismo tiempo que accionaban un conmutador.
Tama-Va,
que sujetaba a
Varo-Feer,
el nieto del inventor de aquel «anulador de voluntades», en cuanto los dos esclavos «yoaos» descubrieron la lente del «1-Rutor», soltó a su víctima y pegó un brinco de costado, apartándose de la línea de frecuencias invisibles. Las ondas sensoriales cogieron de lleno a
Varo-Feer.
¡Y, en el acto, el Presidente quedó en una extraña postura de distorsión, crispado, contraído!
Tama-Va
se unió a los dos esclavos «yoaos», tras dar un rodeo para evitar las ondas sensoriales, y les dijo:
—Ya es suficiente. Ahora llevaos eso de aquí y volved al

autobólido. Esperadme allí.

El «1-Rutor» fue desconectado de nuevo y los dos «yoaos» se lo llevaron. Tama-Va se volvió entonces hacia el Presidente que continuaba en la misma postura en que había sido alcanzado por los rayos descubiertos por su antepasado.

—Lo siento, Varo-Feer. Ahora seré yo quien gobierne… ¿Me has comprendido?

—Sí —respondió el otro, mecánicamente.

—Siéntate. Varo-Feer obedeció despacio: dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y tomó asiento en su sillón.

—Voy a marcharme dentro de unos minutos. Cuan yo haya salido, saldrás tú también. Sin hablar con nadie, abandonarás el palacio y te dirigirás a la cinta más elevada de las que pasan sobre la población. Una vez allá arriba, buscarás un lugar solitario y te lanzarás al vacío… ¡Tienes que morir! ¿Comprendes?

—Sí, comprendo. Tama-Va sonrió y no dijo más. Dio media vuelta y se dirigió a ja salida. Cruzó las grandes salas de palacio y salió a la gran plaza, donde le esperaba el autobólido con los dos esclavos «yoaos».

Al entrar en el vehículo preguntó a Bak-12.

—¿Os ha preguntado alguien quiénes sois?

—No, Tama-Va. Debieron vernos entrar con usted.

—Perfectamente. Ahora regresaremos al Instituto y devolveréis el «1-Rutor» a su lugar. No diréis de esto ni una palabra a nadie.

—Sí, Tama-Va —respondieron los dos «yoaos».

Casi al mismo tiempo, Varo-Feer cumplía maquinalmente la orden recibida. Vestido con su clámide de raso azul, luciendo las insignias de Presidente del Gobierno

Central, nadie le molestó, limitándose la gente a inclinarse ante él, mientras se dirigía a uno de los ascensores que conducían a las elevadas cintas pasarelas que cubrían la metrópoli en todos sentidos.

Al llegar a la cinta metálica más alta,
Varo-Feer
caminó durante un rato, junto a los pretiles, sin mirar a derecha ni a izquierda. Mas, de pronto, influido por un impulso irrefrenable, no viendo a nadie cerca de él, se agarró al pretil y se lanzó al vacío.

¡La caída desde aquella impresionante altura fue algo pavoroso!

Cuando el cuerpo golpeó el suelo, junto al ángulo de un edificio espiral, quedó convertido en una piltrafa irreconocible. Sólo pudieron ser identificados sus atributos de alto dignatario. La consternación que se produjo fue inmensa.

La noticia se divulgó rápidamente, quedando paralizada toda la población. Se llamó en seguida a todos los consejeros, los cuales se reunieren en la sala de Gobierno. Allí acudió también
Tama-Va,
quien supo hacerse dueño de la situación rápidamente, gracias a su categoría de consejero privado, y a quien no le fue difícil pronunciar un discurso, en el que dijo, entre otras cosas:

—Noté la depresión que sentía el Presidente… Me pareció otro hombre distinto. Estaba abatido y temblaba… ¡No me extraña que haya recurrido a medio tan violento para quitarse la vida! Debía de estar dominado por algún nefasto presentimiento. Pero ¿quién iba a suponerlo?

Pero allí sobraban las palabras. Era preciso hacer algo para solucionar la situación, porque, evidentemente, nada ni nadie podía devolverle la vida al presidente. En primer lugar, por iniciativa propia,
Tama-Va
propuso nombrar una comisión para que investigara los motivos que podía tener
Varo-Feer
para matarse. Y supo hacerlo tan bien, que se nombró a sí mismo presidente de esta comisión, en la que incluyó a consejeros que le debían favores.

Luego, se efectuó la votación para nombrar a nuevo Presidente.

Y aquí fue donde
Tama-Va
recogió la semilla de cuanto había sembrado en los últimos meses, ayudando a sus colegas, favoreciendo a unos y a otros. Nadie olvidó que él había propuesto leyes para mejorar las condiciones de los guerreros retirados, muchos de los cuales formaban parte de la Asamblea de los Mil Ancianos.

Al efectuarse el escrutinio, el nombre de
Tama-Va
salió elegido por una mayoría aplastante.

¡Tama-Va vio que sus sueños se habían cumplido!

* * *

En aquel momento, a doscientos ochenta millones de kilómetros,
Gea-Dina,
madre de un hermoso niño de músculos fuertes, tenía otras preocupaciones. Por todos los medios intentaba imbuir en Dano la idea de que la vida era algo más que la lucha por la subsistencia.

—Eres la negación de todo progreso. Dano —le reprochaba ella constantemente.

—¿Yo? —preguntaba él, asombrado—. ¿Cómo puedo ser la negación del progreso si ignoro lo que es progreso?

—¡Te lo he explicado cientos de veces!

—¿Y cómo puedo comprender yo lo que no entra en mi cabeza? Me has dicho que llegaste del cielo, montada en un navío metálico, el mismo en que yo estuve atado con finas lianas. ¿Y qué quieres que te conteste? ¿Es progreso aquella astronave?

—Sí, Dano. Gracias a la ciencia, mi pueblo es capaz de enviar astronaves a otros mundos.

—¿Qué es la ciencia? —preguntó él.

—Es la que señala el camino del progreso. Tú también tienes tu ciencia. La empleas para hacer armas de piedra y cuchillos de hueso. Eso es ciencia. Los animales no la conocen, porque no piensan. Ellos también luchan para comer y vivir, pero lo hacen con sus propios medios, con los dientes, con las garras, con lo que la naturaleza, en su sabia y constante evolución, ha puesto a su alcance. Fíjate, por ejemplo, en esos animales tan enormes. ¿Por

qué crees que se mueven casi siempre en el agua?

—Porque es su ambiente. En ella viven mejor, mientras nosotros vivimos mejor en tierra.

—No es eso, Dano —contestó
Gea-Dina
—. En mi planeta, Ioa, también tuvimos animales prehistóricos hace muchísimos siglos. Hemos hallado restos fósiles y hemos averiguado su modo de vivir. Estos animales son supervivientes de las épocas glaciares, cuando el frío y la nieve lo ocupaban todo. El frío hace que los cuerpos se cubran de grasa, bajo la piel, para protegerse. Y la grasa hace pesados los cuerpos. Los animales se transmiten mediante la herencia estas características biológicas, y se hacen cada vez más pesados, caminan con más fatiga. Y esos animales, por instinto, han descubierto que dentro del agua pesan menos y se mueven con más facilidad, puesto que el elemento líquido les hace flotar. Ésa es la razón por la cual casi siempre viven en el agua.

Dano había escuchado aquello rascándose la cabeza y sin dejar de frotarse la barbilla.

—No entiendo nada… ¡Vamos,
Gea-Dina,
déjame en paz! Se acercan los días fríos y debo cazar mucho. Ya pensaré en tu progreso. Tú cuida de Dadi, para que no se aleje de aquí.
Gea-Dina
hubo de encogerse de hombros, como hacía siempre, regocijada interiormente de que Dano fuese tan ignorante. Se había acostumbrado a él, descubriendo, con asombro, que se puede amar a un hombre aunque al principio le pareciera un monstruo.

Estas reflexiones le hicieron pensar en el guerrero de Ioa con el cual no quiso casarse, porque no le amaba. También pensaba en
Tama-Va,
el dignatario cobarde que se casó con ella para obtener gloria en Yhanka. Pensó si, al igual que ahora, no habría amado al guerrero, teniendo con él los hijos y las hijas exigidos por la ley.

«Posiblemente, sí», se decía ella. ¡Amaba a Dano, pese al trato bestial a que la sometió los primeros días, cuanto más amaría a un soldado correcto y civilizado!

Y, sin embargo,

Gea-Dina
no cambiaría ahora a su Dano por ningún hombre del universo, el más rico, el más sabio. En ella, como en todo ser humano, había un instinto femenino. Y el instinto era más primitivo aún que el propio Dano. Ella había nacido para unirse a un hombre, y ahora que la naturaleza había hecho su obra, se sentía casi mejor que en Yhanka, en casa de sus padres.

¡Parecía increíble!

Aquí, en la Tierra, disponía de una cabaña de troncos, de un lecho cubierto de ramajes, de una alfombra de pieles, de agua fresca y de alimentos, carne y frutos. Además, tenía un hijo a quien cuidar y al que confeccionaba vestidos de pieles que ella misma curtía con piedras.

No tenía medios para hacer muchas cosas, pero
Gea-Dina
contaba con sus estudios y conocimientos, muchos siglos más adelantados que los de Dano, y sabía sacar ventaja de cualquier objeto que caía en sus manos.

Cuando Dadi tuvo cinco años,
Gea-Dina
empezó a pensar en volver a Ioa. Y así se lo dijo a Dano, quien, naturalmente, se opuso, diciendo:

—Tu sitio está aquí, conmigo y con Dadi.

—Oye, Dano. Tú no conoces Ioa. Si lo vieras, cambiarías de parecer. Allí la vida es diferente y Dadi podría estudiar.

—¿Para qué sirven los estudios?

—Para ser alguien importante.

—¿Importante? ¿Y crees que Dadi no llegará a serlo aquí? Me parece,
Gea-Dina,
que estás equivocada. Dadi, en tu tribu, no será más que un animal curioso, al que la gente mirará como un animal raro. En cambio aquí, en su mundo, será un gran cazador, tendrá una tribu y todos le respetarán. Además, he pensado en lo que hemos hablado, y estoy seguro de que las tribus de este mundo no saben ni que existan otras tribus más allá del cielo. Si se enteran de que Dadi es mi hijo y el hijo de una hembra venida de más allá de la gran luz, le adorarán como a un dios… ¿Eras tu una diosa?

—¡No, Dano! Y no digas tonterías. Quiero que vayamos hacia el lugar donde me encontraste hace años. La astronave debe estar allí aún. Quizá pueda arreglar el telecomunicador y llamar a Ioa, para pedir que envíen una astronave.

—¡No! —gritó Dano.

—Si no quieres hacerlo por mí, hazlo por Dadi. —Gea-Dina señaló a donde el pequeño y sonriente Dadi jugaba con un palo esculpido a cuchillo por su madre—. Piensa en que puede ponerse enfermo cualquier día. Y, sin medicamentos, puede morir.

—No morirá. Es fuerte.

—Pero tú me has dicho que en tu tribu morían muchos niños.

—Se los llevaba el Gran Espíritu para su ejército. No, Gea-Dina. Continuaremos aquí. Yo traeré comida y pieles para vosotros, y tú cuidarás el fuego y el niño.

* * *

Sin embargo, cuando Dano llegó un día a la cabaña de troncos, junto al torrente, Gea-Dina y Dadi habían desaparecido. Desesperado, el hombre buscó en torno suyo, no tardando en descubrir en el suelo unos dibujos que tenían forma de flecha y que, en línea continuada, señalaban hacia el norte.

—¡Ya entiendo! —exclamó Dano—. Se han ido, indicándome el camino para que les siga. Como yo no les dejaba ir al norte, se han marchado por su cuenta… ¡Está bien, condenadas sean todas las hembras! ¡Iremos al norte, a tu astronave, a tu civilización! ¡Veremos cómo son los hombres de tu tribu!

Con su arco y sus flechas al hombro, el hacha de sílex colgando del cinto y el cuchillo de hueso en una vaina de piel que colgaba de su cintura, Dano emprendió el camino seguido por su mujer y su hijo.

Ignoraba que ella le llevaba varios días de ventaja, puesto que no quería que la alcanzara pronto y se viera obligada a tener que regresar. Gea-Dina se dijo que si llegaba a donde dejaron la astronave antes que Dano, allí tendría medios para obligarle a

complacerla.

Además,
Gea-Dina
vivía con la esperanza de que los «yhankos» enviaran alguna astronave de socorro, si es que no la habían enviado ya. Con esta esperanza, con Dadi de la mano y respondiendo a todas las preguntas del chico, cuya curiosidad era insaciable, llegaron a las montañas blancas.

Por la tarde, Dano les alcanzó. Sin decir nada, se puso al lado de ella y de su hijo, y aunque
Gea-Dina
se alegró mucho de verle, pretendiendo abrazarle y besarle, él la apartó de su lado con brusquedad y continuó andando.

Dano ni siquiera contestó a las preguntas de su hijo. Le habían obligado a ceder, y esto le hacía mucho daño. Gea-Dina lo comprendió así y optó por callar, aunque en su fuero interno estaba muy regocijada.

—¿Por qué no quiere hablar mi padre? —preguntó Dadi, tirando de la piel que cubría el bien modelado cuerpo de Gea Dina.

—Está enfadado, hijo. Pero ya se le pasará. Ha demostrado que nos quiere y no nos abandona. Pero él quería quedarse a vivir en las tierras fértiles del sur.

Dano gruñó al oír aquello, pero no habló. En cambio, poco después ayudó a su familia a subir un escarpado risco. Con Dadi sobre los hombros, trepó por una pared rocosa y peligrosa, sin la menor vacilación, y luego descendió a cargarse a
Gea-Dina.
Después continuaron su avance a través de las montañas, hasta que llegaron, bastantes días más tarde, al lugar donde Dano y
Gea-Dina
habían pasado juntos el primer día.

—Acamparemos aquí esta noche —dijo Dano—. ¿Recuerdas este sitio?

—No… ¡Ah, aquí fue donde…!

—Sí. Y en aquel rincón escondí tu arma. —Dano se dirigió al fondo de la caverna y estuvo escarbando la tierra con su cuchillo.

Cuando se incorporó y volvió junto a
Gea-Dina,

en la mano traía la brillante y plateada pistola insensibilizadora.

—¡Oh, Daño! —exclamó ella—. Parece estar en buen uso. Este arma nos puede ser muy útil. Yo te explicaré cómo funciona.

—¡Dame ese juguete, madre! —exclamó el niño.

CAPÍTULO V



a quebrada donde Gea-Dina había ordenado ocultar la astronave, al posarse en Vara, había desaparecido. Por lo visto, un violento terremoto había sacudido el suelo, desplomando parte de una montaña sobre el valle.

No había, pues, el menor vestigio de astronave. Ni siquiera se veían los restos del tiranosaurio muerto por Gea-Dina con dos proyectiles de carga atómica reducida.

Nada, no quedaba nada.

Desalentada, Gea-Dina se desplomó sobre una piedra, en la que tomó asiento. Dadi, su hijo, acudió a refugiarse en sus brazos, diciéndole:

—No estés triste, madre, al no encontrar lo que has venido a buscar. Quizás esté en alguna otra parte, más al sur.

—No, Dadi. Estaba aquí, estoy segura… ¡Y ahora ha desaparecido! Debí regresar antes y no esperar tanto tiempo. Incluso puede que hayan venido de Ioa, y, al no encontrarme, hayan regresado solos.

Dano, muy grave, se acercó a su mujer y le puso la mano sobre la cabeza.

—Haz caso a tu hijo. No estés triste. Quien pierde una familia encuentra otra. Ahora que estamos aquí, podemos ir a donde acampaba la tribu de mi padre y mis hermanos. No está lejos.

La curiosidad dominó a Gea-Dina, que se puso en pie, agarrándose a la fuerte mano de él.

—Vamos, sí. Dadi podrá conocer a su abuelo y jugar con otros niños.

Emprendieron la marcha en seguida. Sin embargo, la suerte parecía haberles vuelto la espalda. Cuando llegaron a las cavernas donde tiempo atrás Dano viviera con su tribu, el lugar estaba enteramente cambiado. Las cavernas se habían hundido, y la explanada que hubo ante ellas era un montículo de tierra y rocas.

Esta vez, sin embargo, encontraron huesos y esqueletos humanos, medio enterrados, y que, por lo visto, habían sido devorados por los animales comedores de carne muerta.

La más terrible desolación reinaba en aquel lugar, ahora dominio del silencio y la muerte, cuando pocos años atrás fue albergue de seres humanos que cazaban para vivir.

—¿Dónde está el abuelo? —preguntó Dadi.

Dano señaló al suelo y murmuró:

—Aquí, bajo nuestros pies, hijo, en el caso que no pudieran ponerse a salvo. Debió de hundirse la montaña sobre ellos… ¡No tuvieron oportunidad! ¡El hombre puede luchar contra los animales, pero no contra la ira de Dios!

—No culpes a Dios, Dano —dijo Gea-Dina —. Este mundo está en formación y no es demasiado habitable aún.

—Si eso es cierto, ¿qué hacemos aquí nosotros? —preguntó el hombre con rabia—. ¿Por qué nos han dejado vivir? ¿Por qué el Gran Espíritu no ha eliminado los peligros de este suelo antes de dejarnos en él para vivir? ¿Por qué?

—Esa respuesta sólo puede dártela Dios. A lo peor, tanto vosotros como nosotros no somos obra de él, sino engendros del infierno, escapados de los abismos de Satanás, y que tenemos los mismos instintos que los demonios. Puede ser que hayamos venido aquí antes de tiempo, que no sea ésta la época en que debemos vivir, y nosotros, pese a todo, hayamos querido cruzar el dintel de lo prohibido.

Con Dadi abrazado,
Gea-Dina
tenía la mirada ausente de quien piensa en cosas imposibles. Siguió diciendo:

—Me gustaría saber lo que será Vara cuando el suelo haya dejado de temblar, como sucede ahora en Ioa. Ocurre que la corteza terrestre se solidifica, se endurece y la violencia desencadenada va quedando cada vez más aprisionada en el interior del planeta. ¿Qué ocurrirá cuando el equilibrio internuclear quede roto a causa de la tremenda presión gravitacional de la corteza sólida del planeta?

—¡No entiendo nada de lo que dices, «Wona»! —exclamó Dano, sacudiendo la cabeza, a la vez que extraía de su cinto la pistola insensibilizadora, que ella le había dado para su custodia, y la examinaba con curiosidad.

—No, ya sé que no me entiendes, Dano. Tampoco entiendo yo la muerte, y tantas otras cosas que nos rodean a diario. Será mejor que nos vayamos de aquí. Ahora, tú eres quien debe guiar nuestros pasos. Tuve un sueño y se ha desvanecido. Por eso vuelvo a la realidad y creo que eres el más indicado para protegernos a los dos, a tu pequeña tribu.

Dano miró a su mujer largo rato, empezando a comprender, quizá por vez primera, que no eran iguales. Pero quería a
Gea-Dina,
la amaba con su noble y sencillo corazón. Por ella se sacrificaría, lucharía y se humillaría… ¡Por ella y por Dadi!

—Sí, vámonos de aquí. Dejemos descansar a los muertos.

Los tres emprendieron la larga marcha hacia el sur, a través de las áridas montañas blancas, cruzando bosques inmensos, selvas espantosas, llanos interminables y áridos, en los que el sol caía con fuerza a través de la turbia y densa atmósfera, hasta que, después de muchos meses, llegaron a orillas de un mar inmenso y de aguas

transparentes y poco profundas.

Allí donde las olas rompían sobre la roca pulimentada, bebieron los tres. Las aguas del mar, en aquellos tiempos, todavía no eran saladas. Los ríos no habían llegado aún a los mares: estaban luchando contra la naturaleza para abrirse camino y sus cauces no eran profundos, sino que transcurrían por pasos naturales y hondos.

¡La Tierra debía convulsionarse aún mucho más!

* * *

Dano y Geo-Dina habían construido un verdadero palacio sobre las aguas. Primero clavaron recios troncos en el fondo del mar de escasa profundidad, en un lugar arcilloso y blando, y sobre éstos fueron construyendo una plataforma que poco a poco fueron ensanchando. Sobre la plataforma levantaron un edificio de troncos ensamblados y sujetos con fuertes correas de cuero trenzado. Las junturas las rellenaron con un barro especial, de una tierra gris que encontró Gea-Dina y que, mezclada con agua, formaba como una piedra dura al secarse.

Hicieron allí un verdadero palafito lacustre, distante unos cincuenta metros de la orilla, para evitar que ciertos animales merodeadores se acercaran a la vivienda mientras dormían.

Dadi les ayudó en aquellos trabajos, los cuales duraron varios años. En la casa fueron reuniendo pequeñas comodidades, como lechos de troncos y lianas entrelazadas. También se hizo Gea Dina un bastidor para tejer. Empezó por hacer alfombras para terminar fabricando tejidos de algodón, o algo muy parecido, que resultó ser una ropa áspera pero abrigada.

Y así hubieran continuado, mejorando sus condiciones de vida, en espera de su segundo hijo —pues Gea-Dina ya estaba de nuevo encinta—, si un día no hubiera sucedido algo que vino a cambiar por completo la monotonía de su existencia.

Fue Dadi, que pescaba con una caña a un lado de la plataforma, sentado tranquilamente y mirando al cielo, quien lanzó el primer

grito de aviso.

—¡Eh, madre, mira qué pájaro más extraño! No había visto ninguno.

No era un pájaro. Era una especie de huso plateado, alargado y muy ancho en el centro, que despedía un humo rojo en la parte posterior y luego dejaba una estela negra en el aire.

Gea-Dina

salió de la casa y corrió hacia donde Dadi se había puesto en pie y hacía visera con la mano derecha sobre sus ojos. Nada más ver lo que su hijo había llamado «pájaro extraño» comprendió su inmenso significado.

—¡No es un pájaro, Dadi! ¡Es una nave espacial que aminora su marcha para tomar tierra!

—¿Una nave espacial?… ¡Oh, madre, se aleja!

En efecto, el extraño navío, pues no podía ser otra cosa, se alejó rápidamente, dejando tras sí la estela de humo negro. Al poco desaparecía en el horizonte.

Gea-Dina

y Dadi aún estaban sobre la plataforma del palafito, mirando el cielo, cuando Dano llegó a la carrera, procedente de tierra, avanzando a largos saltos sobre la pasarela que llevaba desde la playa a la casa, pasarela que era retirada por las noches para evitar las incursiones de las fieras.

—¿Qué era eso, «Wona»? —preguntó Dano, excitado.

—Una nave espacial, Dano —contestó ella, con voz tensa y extraña—. Pero ha pasado de largo, sin vernos… ¡Oh, cuánto habría dado yo porque me vieran! Sólo puede proceder de Ioa.

—En los cielos, ¿sólo Ioa está habitado? ¿No me has dicho que las estrellas son mundos como éste?

—Sí y no, Dano. Sé lo que quieres decir. Y mi respuesta es que, pese a la distancia de aquí a Ioa, la que hay a otros mundos habitados es infinitamente mayor. Nosotros sabemos que hay otros mundos habitados, y cabe la posibilidad que en alguno se haya descubierto el medio de acortar distancias empleando mayores velocidades en sus astronaves. Pero el corazón me dice que ese navío sideral procede de Ioa… ¡Cuántos años hace que falto de allí!

—Me alegro de que no nos hayan visto —dijo Dano, con acento sincero—. Así no sentirán curiosidad por saber quiénes somos.

Dano estaba equivocado.

Los tripulantes de la astronave, la «Yhanko-104» procedente de Ioa, había visto el palafito. Pero su comandante,
Kal-Lar,
un hombre astuto y recién agregado a la Sección de Etnología del Departamento de Historia, no quería correr riesgos y perecer como habían perecido sus antecesores
Arra-Kaon
y
Gea-Dina,
a la cual creían muerta.
Kal-Lar
debía explorar Vara y lo hizo desde el aire, quemando mucho combustible, mientras tomaba kilómetros de cinta fotográfica, del suelo. En cuanto encontrase seres humanos, descendería el tiempo suficiente para capturar unos cuantos y volvería a despegar, regresando a su querida Ioa. Nada más se exigía de él.

Y uno de los ayudantes de
Kal-Lar
había visto el palafito y los dos seres que miraban al cielo protegiéndose los ojos del sol. Por si hubiera alguna duda, debido a lo rápidos que pasaron sobre el litoral de aquel mar transparente,
Kal-Lar
examinó la cinta fotográfica, hasta contemplar los planos, a vista de pájaro, del palafito.

Hizo aumentar aquellas fotos y su sorpresa fue enorme.

—¡Son seres igual que nosotros! —masculló. Y, volviéndose al oficial piloto, agregó—: Regrese inmediatamente al lugar donde vimos a esos seres y busque el modo de tomar tierra en las cercanías. Preparen el equipo de exploración. Aprestar las armas, las luces y las baterías atómicas. Hay que estar prevenidos para lo que pueda suceder.

—Sí, señor.

* * *

Gea-Dina
no podía dormir aquella noche. Estaba inquieta, sin lograr apartar

de su mente lo cerca que había estado de ser vista desde el aire por los que consideraba sus semejantes.

Dano dormía junto a ella, hecho un ovillo, abrazado a su hacha de sílex, y con todas sus armas junto a él, incluso tenía la pistola insensibilizadora guardada en una funda de piel, bajo el atuendo de áspero tejido que le hiciera
Gea-Dina.

Y, en el rincón de la habitación, sobre su pequeña litera, dormía Dadi. Sólo
Gea-Dina
estaba despierta.

¡Y sólo ella escuchó el ligero chapoteo del agua, aunque pensó que debían de ser algunos peces que saltaban juguetones en la oscuridad!

Transcurrieron unos minutos del más intenso silencio y, de pronto, se encendió una luz fuerte, blanca y cegadora. Gea-Dina se incorporó, para quedar inmediatamente paralizada por un «*shock*» magnético sensorial de efectos prolongados, es preciso advertir que últimamente, en Ioa se habían perfeccionado mucho las técnicas de las ondas sensoriales, y lo que empezó por ser un pequeño truco de los dignatarios del gobierno para amedrentar a sus subordinados, combinado con la ciencia del «1-Rutor» y el procedimiento empleado en las armas insensibilizadoras, se había convertido en un paralizador de gran potencia orgánica.

Luego, cuatro hombres cubiertos con extraños trajes espaciales penetraron en la habitación. Uno de ellos levantó al insensible Dadi y se lo llevó rápidamente hacia el exterior. Otro se encargó de
Gea-Dina,
tomándola en brazos con cuidado, al darse cuenta de su estado. Y los otros dos cargaron con Dano.

—¿Le quitamos las armas? —preguntó uno de ellos.

—No. El estudio que ha de efectuarse de ellos incluye sus armas de ataque y de defensa, y así sabremos de qué están confeccionadas.

—Pues esto es un arco de madera y cuerda de tripa… Y esto otro es una primitiva hacha de piedra. ¿Qué lleva en esta bolsa de piel?

—Debe de ser algún talismán o bolsa de su medicina. No se la toques. Nosotros no somos científicos, que sea el comandante quien decida.

Minutos después, cuando los tres cautivos fueron introducidos en la «Yhanko-104»,
Kal-Lar
decidió que fueran encerrados en un camarote y que se les proveyera de los alimentos que un quinto expedicionario había traído del palafito, y que consistían en carne ahumada, salada, frutas y semillas.

Luego, sin vacilar ni perder tiempo,
Kal-Lar
ordenó a los pilotos que emprendieran el regreso a Ioa. La expedición científica había terminado.

—Ya tenemos bastante con esos tres ejemplares. Y lo curioso es que la mujer parece estar a punto de aumentar el número de su familia. Será interesante averiguar si estos aborígenes son semejantes a nosotros, como afirmaba el informe que recogimos de la profesora
Gea-Dina.
Kal-Lar
era listo y prudente. Pero no se le ocurrió pensar, ni una sola vez, que los «aborígenes» cautivos pudieran ser, en parte, de su misma raza. Esta peregrina idea la tuvo un ayudante «yoao», que había estado leyendo una oda panegírica, escrita por el famoso poeta «yhanko»
Arko-Deon,
en la que se encomiaba a la que fue mujer del actual dictador de Ioa.

En la oda, el poeta se refería al cabello cobrizo de
Gea-Dina,
«la elegida entre las elegidas para contemplar el poder del hombre que la poseyó, convertido en dios por gracia de los dioses».

Y el cabello cobrizo hizo pensar al «yoao», quien comentó, en la sala de descanso de la astronave:

—Sería fantástico si hubiéramos encontrado a
Gea-Dina,
la mujer de
Tama-Va.
¿Por qué no podía ser…?
Kal-Lar

pegó un brinco que, pese al lastre de sus botas magnéticas, dio con la cabeza en el techo de la sala.

—¿Qué dices, imbécil? ¡Gea-Dina murió! ¡Gea-Dina murió hace mucho tiempo!

—¿Cómo lo sabe usted? —Osó preguntar el intuitivo—. ¿Se ha encontrado su cuerpo?

—En caso de que se hubiera salvado, no habría podido vivir en este ambiente de Vara.

—¿No? ¿Y esos aborígenes? ¿Cómo han podido vivir?
Kal-Lar
no era un necio. Le habían apuntado una posibilidad, y sus estudios, habituados a ser meticulosos, lo que había hecho de él un hombre sereno, calculador y hábil, le llevaron hasta el gabinete empleado como archivo. Allí se dirigió a la biblioteca y extrajo un rollo de documental histórico, en el que se contenía buena parte de la historia de Ioa, desde el principio del siglo de los «Ciclos».

Con tranquilidad, introdujo el rollo en el proyector y pulsó un botón para reproducir los últimos diez años de historia filmada. La máquina zumbó vertiginosamente, desechando más de cuarenta «lapsos» de historia, hasta centrarse en el punto que deseaba
Kal-Lar.

Y en una pantalla policroma apareció el momento en que
Gea-Dina
era abrazada en público por
Tama-Va,
el actuar dictador de Ioa, antes de emprender una expedición semejante a la que él,
Kal-Lar,
estaba realizando en aquel momento.

El comandante de la «Yhanko-104» presionó un botón y la imagen quedó fija, mostrando el bello rostro de
Gea-Dina,
la cual ondeaba su hermosa cabellera cobriza. Kal-Lar quedó helado, ¡porque el rostro de
Gea-Dina
era idéntico al de la mujer que acababan de capturar en el palafito a orillas del mar!

¡Gea-Dina estaba viva, tenía por marido a un aborigen terrestre,

un hijo de unos siete años, y además mostraba indicios de estar esperando otro hijo!
Kal-Lar,
ante la magnitud del descubrimiento, quedó inmóvil en su asiento, conteniendo el aliento, atónito, mientras murmuraba:

—¡Madre mía! ¡Cuando se entere el Poderoso
Tama-Va
no sé lo que va a ocurrir!

* * *

Tama-Va
había cambiado mucho en los últimos tiempos, después de conseguir la más alta magistratura del planeta. Tanto es así que ni siquiera llevó a cabo la Gran Reforma que había costado la vida a Varo-Feer.

La condición humana ha sido siempre así: veleidosa. Y
Tama-Va
demostró ser más veleidoso que nadie. En cuanto estuvo afianzado en la Presidencia expuso sus ideas y captó la oposición. Esto le hizo pensar que aún no disponía de suficiente poder. Para llevar a cabo la vasta modificación social que había soñado, era preciso disponer del poder absoluto, dominar por completo la Gran Sala del Gobierno, cosa que intentó inmediatamente.

En primer lugar, dejó a un lado sus proyectos de reforma y empezó por hacerse cargo, poco a poco, del poder ejecutivo y militar. Fue preciso destituir a unos cuantos generales, e incluso tuvo que ajusticiar a uno que intentó rebelarse en la población «gialesa» de Mokro. Para conseguir enterrar con vida al general rebelde, fue preciso enviar un millón de bólidos blindados y provistos de cañones con granadas atómicas reducidas. Ante aquel alarde de fuerza, el general gobernador se entregó.

La sentencia fue ejecutada en el acto. No hubo clemencia. Según era costumbre en Yhanka, a los condenados se les enterraba en vida, a dos metros de profundidad y se les cubría con tierra. Esto se hacía en lugares anónimos, para que no quedase constancia de que el ajusticiado había pasado por la vida.

Sometido el ejército, y nombrándose a sí mismo Jefe Supremo

Militar, Tama-Va empezó a eliminar miembros del Consejo de los Mil Ancianos, eligiéndolos entre los que más se habían opuesto a su Gran Reforma, alguno de los cuales llegó a insinuar si Varo-Feer no habría sido eliminado por Tama-Va para robarle el puesto de Presidente.

En poco tiempo, el dictador llevó a cabo su «limpieza» sistemática. Había hecho traer a Yhanka un numerosísimo ejército que retiró de los campos de batalla del sur, y aquellas tropas, a las cuales se les prometieron, ¡y se les concedió, sin duda!, grandes recompensas, se pusieron enteramente al lado del Presidente. Hombres ambiciosos, aduladores y sin escrúpulos se ofrecieron a Tama-Va, quien tuvo el acierto de aprovechar sus servicios.

Así se escribió aquel capítulo de la historia de Ioa: con sangre. Hubo centenares, miles, de «enterramientos» clandestinos. De la noche a la mañana desaparecían altos dignatarios, y Tama-Va empezó a verse libre de oposición.

Por otra parte, Tama-Va conquistó el favor popular organizando grandes fiestas nacionales, haciendo regalos de alimentos y creando nuevos cargos públicos para recompensar a sus fieles. Se creó un organismo que antes no había existido: la policía de represión, y los abusos, arbitrariedades e injusticias tomaron carta de naturaleza. Tama-Va no se daba cuenta, endiosado como estaba, de que iba llevando la política del país a un caos sin solución. Las fiestas y los saraos en palacio se convirtieron en algo cotidiano, y las orgías de Tama-Va y sus adictos se hicieron famosas.

Un día se implantó la dictadura, y poco tiempo después, Tama-Va apareció en el sitial de oro y piedras preciosas que había hecho

colocar en el salón de gobierno, diciendo que «Dios le había elegido como representante suyo en Ioa».

El «elegido del cielo», como se hizo llamar, impuso entonces una serie de leyes que llenaron de regocijo a sus seguidores. En primer lugar, a todos los miembros de la policía de represión les otorgó el derecho de tener tantas mujeres como quisieran. Hizo traer de las poblaciones sometidas del sur a todas las muchachas jóvenes, de buen ver, y las repartió entre su guardia. También concedió nuevas riquezas: autobólidos, casas en la ciudad y en el campo, dinero y esclavos.
Tama-Va
estaba convencido de que, si sus fieles se sentían satisfechos, él estaba seguro. Por este motivo se granjeó la simpatía de los guerreros, arrebatando la riqueza a industriales y comerciantes para dársela a aquéllos.

De este modo, un día, en una fastuosa ceremonia, el dictador fue nombrado oficialmente «Dios y Señor de Ioa y del Universo». Luego se declaró oficialmente que las mujeres más hermosas del planeta serían concubinas de
Tama-Va,
El Grande.

Así, en una de las dependencias del palacio se instaló una especie de harén, en el que se fueron reuniendo mujeres maravillosas, muchas de las cuales eran obsequio de sus vasallos más aduladores. E incluso se puso de moda la «búsqueda de la guapa», entre sus adictos, para congraciarse con su amo y señor y obtener así mayores beneficios de los que ya disputaban.

El vasallo, policía de represión, guerrero o ayudante que encontraba a una muchacha hermosa, la raptaba y la llevaba ante
Tama-Va.
Y si era del agrado de éste, la bella no volvía a salir más del palacio.

Entonces, cuando más acentuada era la degeneración del pueblo «yhanko» se produjo el levantamiento de los «mizos», habitantes de una región montañosa del ecuador. La rebelión se extendió, y los sublevados lograron apoderarse de la metrópoli de Mizonia, de más de veinte millones de habitantes.

Al tener
Tama-Va

noticias de la rebelión, dispuso el envío de un fabuloso ejército. Y como Mizonia estaba situada a orillas del Vasto Mar Mizo, envió unidades navales, flotas aéreas y millones de bólidos blindados.

¡En unas horas, la enorme metrópoli de Mizonia fue convertida en cenizas radiactivas!

Tama-Va
resultó ser un dictador perfecto.

Y a raíz de este levantamiento se implantaron más leyes rigurosas. El terror se enseñoreó de Ioa, y la muerte se instituyó como reina y señora de aquel mundo de agonía, injusticia y represalia.

Pronto se notó que escaseaban alimentos y vestidos. Esto hizo que
Tama-Va,
El Grande, en un alarde de egocentrismo inaudito, dictase una ley por la cual se convertía en esclavos obreros a todos los habitantes del planeta sometidos a Yhanka, a excepción de aquellos que servían en el ejército o en la policía. Así se formaron dos castas: una de esclavos, que eran la mayoría, y otra de señores. También se prohibió el uso de las armas. Éstas sólo podían ser utilizadas por la fuerza pública.

Y se acentuó el terror. El no colaborar era un delito de traición, y se condenaba públicamente con la muerte, inventándose tormentos horribles para los infractores. Las gentes maldecían en silencio al dictador y nadie se atrevía a infringir las leyes.

Una invocación general se alzó a modo de plegaria pidiendo a Dios que acabase con la vida del dictador. La angustia se convirtió en obsesión y el odio anidó en millones de corazones: ¡odio irreprimible y cerval que enfermó a las gentes, odio abyecto y aniquilador, odio que no podía contenerse!

Tal era la situación cuando
Tama-Va
recibió un mensaje radiado a través del éter, y en el que
Kal-Lar,
comandante de la astronave científica «Yhanko-104», le decía textualmente:

«Durante nuestra expedición a Vara hemos encontrado

a una familia de aborígenes, compuesta de un hombre, un niño y una mujer en estado de embarazo. Verificando el oportuno examen, hemos comprobado, con el consiguiente asombro, que la mujer no es oriunda de Vara, sino que es "yhanka", de Ioa. Y, casualmente, revisando nuestros archivos, hemos averiguado algo más… Sentimos comunicar a usted que la mujer es su desaparecida esposa, Gea-Dina…

».

Tama-Va
no pudo leer más. Miró al jefe del espaciopuerto de Yhanka, quien le había traído en persona el mensaje, y murmuró:

—¡Gea-Dina!… ¿Está viva?

—Sí, señor. Eso parece. Y lo más horrible es que convivía con un salvaje de Vara. ¿Qué piensa usted hacer?

—¿Hacer? —repitió
Tama-Va
—. ¿Qué puedo hacer? Voy a ser la diversión de mis vasallos. Todo Ioa se burlará de mí. Aunque no viví con
Gea-Dina,
oficialmente es mi esposa… ¡Oh, amigo mío! ¿Cómo voy a solucionar esto?

—Sugiero que esa astronave no tome tierra en Yhanka —dijo el jefe del espaciopuerto.

—No… No podemos olvidar a la ciencia. Ordene al comandante de esa nave que se deshaga de los aborígenes, arrojándolos al cosmos, y
Gea-Dina
sea llevada, en secreto, a la Sección de Etnología del Departamento de Historia. Bak-12 se cuidará de ella. Aún tengo que pensar en lo que haré… ¡Aquí dice que va a ser madre!

—Eso dice, señor.

—¡Oh, amigo, qué horrendo!… ¡Vaya a cumplimentar mis órdenes!

—Inmediatamente, señor. Le aseguro que esos indígenas no vendrán a Ioa. Quede usted tranquilo. Tiene usted en mí a un fiel

servidor.

—No lo olvidaré, amigo… No lo olvidaré.

CAPÍTULO VI


n verdad, Kal-Lar era un hombre de ciencia y no un canalla ni un verdugo. Al recibir la orden de abandonar a Dano y a su hijo en el vacío sideral, se le formó un nudo opresivo en la garganta. Luego, se dirigió a la cabina de la tripulación y reunió a los hombres que, como él, no eran esclavos «yoaos».

Éstos, siete en total, acudieron a su llamada y escucharon sus graves palabras. Kal-Lar empezó así:

—Se nos pide que cometamos un asesinato —dijo, sin ambages—. Mi conciencia se rebela. Todos conocéis lo que está pasando en Yhanka, y sabéis que un hombre de ciencia como nosotros, un historiador, se ha convertido en el tirano más grande de todos los siglos. Tama-Va es dueño de vidas y riquezas. Puede matar y hacer

lo que quiera, ya que los ciegos dioses se lo permiten… ¡Pero no estoy dispuesto a ser cómplice de sus crímenes!

—¡Yo tampoco,
Kal-Lar!
—exclamó uno de los reunidos.

Los demás asintieron también.

—Me alegro que penséis como yo —agregó
Kal-Lar
—. Ese hombre y ese niño no morirán. Lo mejor sería devolverlos a Vara, pero ya estamos a la mitad del camino. Una demora en el regreso es imposible. En Yhanka podrían sospechar. Lo mejor será que los mantengamos ocultos aquí y digamos que las órdenes han sido cumplidas. ¿Qué os parece?

—Muy bien, comandante —aprobó uno—. Nadie registrará nuestra nave. Y, cuando se presente la ocasión, podemos llevarles al Instituto de Historia. ¿Qué se propondrá hacer
Tama-Va
con su desgraciada mujer?

—No lo sé. Tal vez eliminarla de otro modo. De momento, sospecho que desea verla en secreto, de lo contrario nos habrían dicho que la llevásemos a la Gran Sala del Gobierno, en vez de a la Sección. Ahora mismo voy a comunicar a los cautivos nuestra decisión, y expondré claramente a
Gea-Dina
lo que ocurre.
Kal-Lar
abandonó la cabina y se dirigió al camarote donde estaban encerrados los prisioneros. Abrió la puerta y, en el mismo instante, las dos manos de Dano, convertidas en férreos garfios, le atenazaron el cuello.

—¡No! —gritó
Kal-Lar
—. ¡Suéltame, soy ami…!
Gea-Dina
intervino, forcejeando con Dano para que soltara al comandante de la astronave. Y aunque la mujer no tenía la fuerza de Dano, su súplica salvó la vida del «yhanko».

—¿Por qué nos has traído aquí? —gritó Dano en el lenguaje que

había aprendido de
Gea-Dina.

—Lo siento… Yo ignoraba que… —Kal-Lar se frotaba el cuello mirando a Dano con recelo. Pero se volvió a
Gea-Dina
y prosiguió, apresuradamente—: Sé que usted es
Gea-Dina,
la mujer del dictador y Dios de Ioa. ¡La hemos reconocido!

La mujer no comprendió. Fue preciso que
Kal-Lar
explicase la situación desarrollada en Ioa en los últimos años, el cambio radical en Yhanka y las demás metrópolis del planeta, y lo que había llegado a ser
Tama-Va.
Luego explicó:

—Al identificarla a usted, avisé a Yhanka. Y la orden que hemos recibido es la de matar a… —Kal-Lar señaló a Dano y al asustado Dadi, que estaba en un rincón, mirando al científico con ojos muy abiertos.

—¿Quieren matarnos? —preguntó Dano, con voz ronca, disponiéndose a saltar, con su cuchillo ya empuñado.

—Ésa es la orden, pero yo me niego a cumplirla. No lo haré. Hemos ideado un plan…

Reaccionando de su sorpresa,
Gea-Dina
le interrumpió:

—¡Tama-Va, convertido en dictador! ¡Ha acabado con el Consejo de los Mil Ancianos y se ha proclamado el elegido de Dios!… ¡Esto es inaudito, absurdo! ¡Él, el cobarde mayor de Ioa…! ¡No lo puedo creer!

Dano reaccionó también, agarrando a su mujer del brazo y gritándole:

—¡Explícame todo esto! No lo entiendo. ¿Por qué quiere matarnos ese hombre? ¿Quién es? ¡Yo le mataré a él antes que pueda hacernos daño!
Kal-Lar
sonrió comprensivamente, al mirar a Dano y escuchar sus palabras mal pronunciadas. Sin embargo, le impresionaba la estatura del

terrícola, el vigor de sus brazos y la musculatura de su atlético cuerpo de cazador.

Dano era velludo, lo que no quiere decir que estuviera cubierto de pelos. Y con la fuerte cabeza, sus grandes y profundos ojos, su mandíbula cuadrada y su postura de hombre fuerte, cubierto sólo con la piel de «smilodon» que le cruzaba el pecho, daba la sensación de ser un animal fuerte, un luchador invencible y poderoso.

Gea-Dina hubo de explicar a Dano, a su modo, cuál era la situación, repitiendo las palabras de Kal-Lar.

Cuando terminó, Dano dijo:

—Sí, yo mataré a Tama-Va y me comeré crudo su corazón.

—¡Tú no harás eso! —gritó Gea-Dina.

—Está rodeado del ejército. Es imposible acercarse a él —añadió Kal-Lar, sonriendo.

—¡Aplastaré a su ejército con las manos! —rugió Dano—. ¡Con estas manos! ¡Miradlas!

Dano mostró sus fuertes manos, que eran casi el doble de las de Kal-Lar, y las crispó, haciendo chasquear sus huesos. En verdad, Kal-Lar quedó impresionado, pensando: «¡Qué magnífico guerrero sería este individuo!».

Cuando Kal-Lar se retiró, Gea-Dina hizo sentarse a Dano en el suelo del camarote y le dijo:

—Estos hombres nos ayudarán, Dano. Te ocultarán aquí, con Dadi. Mientras, yo hablaré con Tama-Va. Estoy segura de que conseguiré salvaros a los dos. Te quiero mucho y no deseo perderte.

—Pero ese Tama-Va es un hombre malo, «Wona». En mi tribu, cuando un hombre se volvía malo, tenía que luchar contra los buenos. Siempre era vencido y expulsado de la tribu, si no resultaba muerto. ¡Yo lucharé con él!

—No, Dano. Él no querrá luchar contigo. Enviará a sus guardianes para que te maten. Es mejor hacer las cosas con astucia, como haces tú para cazar animales. Hay que ocultarse, acechar y esperar el momento…

Dano sonrió.

—Entiendo. Tama-Va es como un animal salvaje y hay que cazarlo y matarlo… ¡Sí, eso haré! Me ocultaré y estaré al acecho. Luego, saltaré sobre él y le clavaré mi cuchillo.

* * *

—Soy Ket-Podo, jefe de la policía de represión. ¿Dónde está esa mujer?

Kal-Lar se volvió, señalando una caja alargada que había a un lado de la antecabina.

—Ahí está. La hemos insensibilizado.

—Muy bien, Kal-Lar. Nos la llevaremos ahora mismo. ¿Se cumplieron las órdenes del poderoso Tama-Va?

—Sí, al pie de la letra. Los aborígenes fueron arrojados al vacío. Nunca más se sabrá de ellos —respondió Kal-Lar, sereno—. El poderoso Tama-Va puede estar tranquilo. Ninguna raza extraña y primitiva se mezclará con la nuestra.

—Excelente. Estoy seguro de que nuestro Dios y Señor sabrá recompensarte como te mereces. —Ket-Podo se volvió a los policías

que habían subido a la astronave tras él y agregó—: Llevad esa caja a mi autobólido.

Los hombres obedecieron. Luego, Ket-Podo nombró al equipo técnico del espaciopuerto que debía llevar la astronave hacia el hangar de la Sección de Etnología, para que los científicos, a cuyo frente estaba Kal-Lar, pudieran investigar las muestras que traían de su expedición:

Antes de retirarse, Ket-Podo dijo a Kal-Lar:

—Debes estar preparado para acudir a la audiencia del poderoso Tama-Va. Estoy seguro de que te llamará para que le expliques personalmente los incidentes del viaje.

—Estaré preparado, señor —respondió Kal-Lar, sonriente.

* * *

Aquella misma noche, en el despacho del jefe de la Sección de Etnología, donde años atrás había soñado Tama-Va con llegar a ser alguien importante en el Gobierno Central, se celebró una extraña entrevista.

Disfrazado, Tama-Va en persona acudió a ver a Gea-Dina. Allí estaban también Kal-Lar y Ket-Podo, el jefe de la policía de represión.

Dos esclavos «yoaos» abrieron la caja en la que yacía

Gea-Dina.
Kal-Lar, por medio de una inyección, hizo que la mujer abriera los ojos y se incorporase.

En los primeros minutos,
Gea-Dina
no pudo hablar. La insensibilización no había sido falsa, aunque se le había aplicado el sistema que no dejaba vestigio ni sensación.
Tama-Va,
erguido y grave, contemplaba a la mujer que había conocido años atrás, cuando él no era nadie y ella se negaba a casarse con un guerrero. Los recuerdos asaltaron la mente del dictador, haciéndole volver al pasado. Y su voz sonó casi con dulzura al hablar:

—¿Cómo estás,
Gea-Dina?
¿Qué te ocurrió?

—Muchas cosas, esposo mío —respondió ella, levantándose de la caja y yendo a postrarse a los pies de
Tama-Va,
para besar los pliegues del «flar», que le cubría hasta los pies.
Tama-Va
no pudo evitar un estremecimiento.

—Levántate, mujer infiel. ¡Sé que me has traicionado!

—¡No, esposo! —exclamó ella—. Yo te explicaré. Fui secuestrada por un salvaje de Vara. No pude contra él. Me desarmó y me llevó a su guarida contra mi voluntad. Todos estos años me ha tenido con él, hasta que el insigne profesor
Kal-Lar
nos rescató.

—¡Y has tenido hijos con un «extraioano»! ¡Tú, una mujer casada!

—Nuestro matrimonio fue un convenio,
Tama-Va.
Tú lo sabes mejor que nadie.

—¡Cállate!

El rostro de
Tama-Va
se había descompuesto. La ira brillaba en sus ojos y su boca temblaba.

En realidad, nada podía importarle que ahora se supiera el trato que hizo con Gea-Dina. Era demasiado poderoso para temer ni siquiera la burla de las gentes. Pero estaba furioso consigo mismo. Aquella mujer, que parecía resucitar del pasado, le traía los malos recuerdos de cuando él no era más que un insignificante dignatario del gobierno. Claro que la presunta muerte de Gea-Dina, prevista y providencial, le había permitido el ingreso en el Consejo de los Mil Ancianos, lo que fue el primer paso hacia el altísimo puesto que ocupaba ahora. A pesar de eso, el recuerdo de su cobardía, su debilidad y su insignificancia eran un vivo bochorno para él.

Por esto, apartando a Gea-Dina con un gesto imperioso de la mano, dijo, volviéndose a Kal-Lar y a Ket-Podo:

—Estudiadla como caso clínico. Sondead su mente y averiguad a través de ella todo lo que sepa de Vara y su ambiente. Podéis esperar a que nazca el engendro que debe llevar dentro. Y, cuando ya no sea útil a la ciencia… ¡matadla junto con lo que haya tenido!

—¡No! —gritó Gea-Dina, dejándose caer de hinojos—. ¡No puedes ser tan cruel!

—Tenía curiosidad por verte, mujer. Sólo curiosidad. Satisfecha ésta, ya no me interesas. Si fueses guapa, la cosa sería distinta. Pero tu belleza ha pasado, en parte. Además, en palacio tengo veinte mil mujeres mucho más hermosas que tú. Tama-Va dio media vuelta y se dispuso a salir del despacho. Antes de hacerlo, ya en la puerta, dijo:

—Que se cumplan mis órdenes, Kal-Lar. Y tenme al corriente de las investigaciones. Pese a todo, sigo siendo un hombre de ciencia.

—¡Sí, excelsa divinidad! —respondió Kal-Lar, servilmente.

¡Sin embargo, Kal-Lar había jurado ya servir a otro Dios más justo y verdadero!

Lo peor que podía pasarle era que se descubriera el complot y fuese enterrado con vida en un hoyo profundo. Kal-Lar, empero, era de los que decía que era preferible morir con honra que vivir con iniquidad.

* * *

Dano había sido escondido en uno de los tanques de combustible de la espacionave «Yhanko-104». Allí, en compañía de su hijo y disponiendo suficientes alimentos naturales, tuvo que esperar en silencio mientras tomaban tierra en Yhanka, consciente de haber llegado a un mundo extraño y hostil, en el que tendría que luchar con mayor arrojo, astucia y valor que en el suyo propio, si quería continuar viviendo y salvar al mismo tiempo la vida de los suyos.

Había aceptado de mala gana la sugerencia de Gea-Dina de ser más cauto que impulsivo. Ella había intentado convencerle, y, en parte lo logró, de que la lucha en Ioa no era como en Vara (la Tierra). Allí, llegado el momento, Dano no habría de enfrentarse con animales irracionales, sino con seres humanos, más inteligentes que él, y, además, con hombres que habían pasado la mayor parte de sus vidas luchando. Tales individuos no emplearían las armas rudimentarias de Dano, sino que recurrirían a sus ingenios bélicos y destructivos y que se limitarían, para aniquilarle, a pulsar un botón o un disparados de una pistola o fusil insensibilizador, en el mejor de los casos, o un arma, destructiva.

No había sido fácil, sin duda, convencer a Dano. Fue preciso el esfuerzo, la habilidad y la agudeza de Gea-Dina, de Kal-Lar y de sus compañeros, incluso la viveza del pequeño Dadi, que

comprendía mejor a su madre, para convencerle. Antes, fue preciso enseñarle toda la astronave, explicarle cómo y por qué se movía en el espacio, decirle muchas cosas y hacerle ver muchas otras —incluso vio la filmación documental del archivo— para que terminase por acceder. Y esto lo hizo porque todos estaban contra él, y se dijo que sería lo mejor.

También prometió no moverse del tanque vacío hasta que Kal-Lar, Gea-Dina o algún «yhanko» de confianza viniera a decirle que podía salir.

Esperó, conteniendo su impaciencia, mientras se dedicaban a examinar, en la oscuridad, ya que estaba habituado a ella, el curioso objeto que llevaba consigo desde que fue desenterrado de la cueva en donde se desposó, a su modo, con Gea-Dina.

Sabía manejar la pistola insensibilizadora, e incluso la había probado en la Tierra con algunos animales, que cayeron fulminados ante su disparo. Tanta facilidad en la cacería no había gustado a Dano, y por esto guardó el arma en su bolsa de piel, prefiriendo el arco y las flechas, el hacha de sílex o el cuchillo de hueso.

Pero el arma la tenía allí. Y pensó que podría utilizarla.

Llevaba mucho tiempo encerrado en el tanque de combustible cuando se abrió la escotilla y asomó el rostro de Kal-Lar.

—Dano, ¿estás aún ahí?

—Sí. No puedo salir. ¿Qué ocurre fuera?

—Nada aún, Dano. Sal y Dadi también. No creo que corras peligro. Gea-Dina quiere verte. Ya a ser madre otra vez.

De momento, Dano fue incapaz de comprender. Dadi, empero, emitió un grito, diciendo:

—¡Voy a tener un hermanito!

Dano comprendió, al fin. Salió de su encierro y siguió a Kal-Lar, llevando de la mano al excitado Dadi, a través de unos jardines extraños y simétricos. Al fondo había unos edificios cuyo aspecto, a la luz de focos indirectos, le impresionó muchísimo. Luego, tras caminar durante cinco minutos, cruzaron una puerta, que se abrió y cerró sola. Después, subieron por un tubo que parecía moverse sin

ayuda de nada.

—Gea-Dina está en la clínica de la Sección. Mis ayudantes cuidan de ella. No temas nada, Dano. Aquí estamos seguros.

Y luego, tras cruzar un iluminado pasillo y entrar en una sala llena de curiosos objetos y luces, Dano vio a Gea-Dina, que estaba tendida en una mesa giratoria. Tres hombres, todos conocidos por Dano, a los que había visto en la astronave, estaban inclinados sobre otra especie de mesita más pequeña.

—¿Ya está? —preguntó Kal-Lar, nervioso.

—Sí, profesor —respondió uno de sus ayudantes—. ¡Ha sido una niña muy bonita!

Dano corrió hacia la sudorosa y fatigada Gea-Dina y la tomó en sus brazos.

—¿Estás bien, «Wona»? —preguntó.

—Sí, amor… Muy bien. Pronto podremos regresar a Vara.

—¿Volveremos a Vara? —preguntó Dano, incrédulo.

Fue Kal-Lar quien respondió, poniendo una mano amable sobre el hombro desnudo de Dano.

—Sí, Dano. Hemos decidido emprender otro viaje a Ures (Venus), y nos desviaremos en órbita para dejaros donde estabais. Hemos creído que será mejor para vosotros. Aquí corréis peligro.

—¿Viste al hombre que fue tu marido, Gea-Dina? —preguntó Dano.

—Sí, le vi —respondió con voz dolida.

—¿Y qué te dijo?

Gea-Dina volvió la cabeza para no responder. Kal-Lar intervino en la conversación.

—No la molestes ahora, Dano. Déjala descansar. Será mejor que vayas a tu nuevo alojamiento…

—¿Qué te dijo? —gritó Dano—. Quiero que me respondas.

—Ordenó que la matasen —dijo Kal-Lar —. Pero yo no lo permitiré. No quiero obedecer las órdenes de ese criminal. ¡Prefiero morir antes de hacerlo!

—¿Quiere matarte, «Wona»? —preguntó Dano, transfigurado.

—Sí, eso dijo. Pero lo burlaremos.

—¡No! —rugió Dano, sobrecogiendo a todos los reunidos—. Nadie hará daño a mi «Wona». ¡Yo mataré a Tama-Va! ¡Decidme dónde está!

Tan estupefactos quedaron los cuatro hombres de Yhanka al oír aquel grito infrahumano, como una llamarada salvaje de la naturaleza violenta de la Tierra, o como el alarido del mono trepador de árboles, que quedaron sobrecogidos.

Y ninguno pudo evitar que Dano, sin esperar la respuesta, se dirigiera a la puerta y desapareciera tras ella en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando Kal-Lar logró llegar a la puerta, tuvo el tiempo justo de ver que Dano saltaba por una ventana y desaparecía fuera. ¡Kal-Lar sabía que aquella ventana estaba a más de cincuenta metros del suelo!

Entornó los ojos. Creyó que Dano se estrellaría sobre el pavimento del jardín.

* * *

No fue así. Dano se había asomado antes, buscando el modo más rápido de salir de allí para ir en busca de Tama-Va, el hombre que había ordenado matar a su mujer. Al observar unas ranuras en el muro, que, a modo de adorno, cubrían la pared, se agarró al alféizar y empezó a descender, agarrándose a las ranuras, con una celeridad increíble.

De este modo llegó hasta una especie de cornisa, la cual recorrió a saltos, hasta el ángulo por el que descendía un cable metálico. Satisfecho, Dano se agarró al cable y, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo abajo, corriendo como un gamo a través de los jardines. Un

muro se interpuso en su camino. Un muro alto, de más de diez metros, pero Dano lo salvó, buscando siempre asideros naturales que a un «yhako» habrían parecido imposibles de escalar. Subió y se dejó caer al otro lado con la misma agilidad. Luego, ya en plena urbe, corrió como enloquecido por las calles solitarias e iluminadas con luz artificial, hasta que descubrió a una figura que paseaba por una acera móvil.

En largas zancadas se dirigió al hombre, sin saber que era un policía de represión, saltó sobre su espalda y lo derribó. En dos manotazos arrebató al agente sus armas, que arrojó lejos, y luego, zarandeándolo, sujeto por el cuello, como si fuera un pelele, le preguntó:

—¿Dónde está la caverna de
Tama-Va?

—¡Suéltame! ¿Quién eres? ¿De dónde has salido?… ¡Socorro, me matan!

La mano de Dano, recia como una tenaza, tapó la boca al agente, increpándole de nuevo.

—¡Contesta o te rompo el cuello! ¿Dónde está
Tama-Va,
el hombre malo que dirige vuestra tribu?

El policía creyó llegado su último instante y asintió con la cabeza.

—Sí, sí, te lo diré —habló cuando Dano retiró un poco la mano de su boca—. No está lejos de aquí.

—¡Indícame el camino!

Con una mano, el terrícola levantó en alto al policía, sujetándolo por el cuello de sus ropas. Y mientras el otro perneaba en el aire, agitando también los brazos para indicar el camino, Dano lo llevó a la carrera, cruzando anchas avenidas y pasando ante asombrosos edificios de rara y atrevida arquitectura.

Al desembocar en una inmensa plaza, el policía gritó:

—¡Ya hemos llegado! ¡Suéltame! ¡Es allí al otro lado de la plaza!

Dano abrió la mano y el hombre cayó al suelo. No había terminado de incorporarse cuando el extraño salvaje corría ya sobre la iluminada plaza, hacia el fastuoso, enorme e impresionante edificio del Gobierno Central.

No había recorrido mil metros, cuando Dano se detuvo. Un sexto

sentido, o el instinto de conservación, le avisó del peligro, al ver movimiento de hombres ante la gran fachada del edificio iluminado interior y exteriormente.

Fue una advertencia similar a la que Dano había intuido en la Tierra al captar la proximidad de un diplodocus o un tiranosaurio. Era peligro de muerte; por esto se detuvo, desviándose hacia la izquierda donde vio un frondoso jardín.

Allí también había guardias, delante de una larga verja. Pero los guardias no pudieron hacer nada para detener al hombre extraño que corrió hacia ellos y trepó por la verja como un simio. Antes de que desenfundaran sus armas, Dano había desaparecido al otro lado de la verja, para perderse entre los árboles y plantas del jardín.

Dano se sintió allí más en su ambiente. Se orientó hacia el edificio grande, a su derecha, y no tardó en llegar a él, para encaramarse por una antena, hasta llegar a una ventana abierta.

Luego, cruzó varias salas, subió escaleras, se izó por lugares inverosímiles, hasta que penetró en una habitación en la que había un hombre durmiendo sobre un gran lecho.

Aquél no era el hombre que buscaba, pero saltó sobre él. El hombre se despertó sobresaltado; Dano lo atenazó por el cuello y en seguida le colocó sobre la cabeza su hacha de sílex.

—¿Eres
Tama-Va?

—No… no… —balbuceó el hombre, alterrado ante aquel rostro desconocido y salvaje.

—¿Dónde está
Tama-Va?

—No lo sé… ¿Quién eres tú?… ¿Cómo has llegado hasta…?

—¡Quiero saber dónde está el cobarde que ha ordenado matar a mi mujer! ¡Responde o mueres!

—¡No, no me mates! ¡Debe estar en su cámara, o con sus mujeres!

—Levántate y señálame el camino… ¡Tengo que matar a
Tama-Va
ahora mismo!

Aquel individuo, uno de los secretarios del dictador, temblaba como una hoja sacudida por el huracán cuando Dano le agarró de un brazo y lo levantó en el aire como si fuera una brizna de paja.

—¡Suéltame! ¡Me vas a romper…!

—¡Dime dónde está Tama-Va y te dejaré! —respondió Dano, cada vez más frenético.

—Por allí… ¡Hay un pasillo! Pero la guardia no te dejará…

Para entonces la guardia de palacio había sido advertida de la intrusión de un salvaje medio desnudo, y por todas partes corrían piquetes de hombres armados con armas insensibilizadoras, en busca del extraño intruso.

Precisamente, Dano y su cautivo tropezaron con una de aquellas patrullas cuando avanzaban por un ancho y largo pasillo. El instinto le advirtió de nuevo; así que arrojó a su cautivo al suelo y cargó contra una puerta que había a su derecha.

Sí hubiera estado cerrada, Dano, pese a su fuerza, no habría podido abrirla, por tratarse de una puerta automática, de las que se abrían por influjo de proximidad. Pero estaba entreabierta, y Dano arrancó de cuajo su dispositivo electrónico invisible. Al mismo tiempo, se produjo un cortocircuito y la luz de aquel sector del palacio quedó apagada en el acto. Reinó la oscuridad absoluta.

Dano, que veía en la oscuridad, pudo moverse sin dificultad hacia una ventana, mientras que la guardia, a oscuras, pedía luz a gritos. Y cuando ésta se hizo, al poco, Dano había desaparecido.

Ya estaba gateando por una pared casi lisa. Sólo pequeñas junturas le permitían afianzar los dedos de los pies y las manos, cosa que hacía con pasmosa rapidez. Luego, Dano se deslizó a un lado, hasta alcanzar otra ventana. Una vez allí, pegó con su hacha en el cristal y saltó dentro a la vez que los agudos vidrios, recibiendo algunos ligeros cortes que no le causaron mayor daño.

En una cama que había en aquella habitación, una mujer de largos y rubios cabellos se incorporó sobresaltada. Al ver a Dano, se puso a gritar, pero él saltó sobre ella, como una pantera y le tapó la boca. Le arrolló al cuello sus largos cabellos y le amenazó con ahorcarla con su propia mata de pelo.

—¡Piedad, no, no…! —chilló la infeliz.

—¡Vengo a matar a Tama-Va! ¡Dime dónde puedo encontrarle o morirás en su lugar! ¿Me entiendes? Hablo tu lengua…

El rostro de aquella hermosa mujer cambió radicalmente. Unió sus manos en gesto suplicante e incluso pareció sonreír.

—¿Quieres matar al dictador? ¡Yo te ayudaré! ¡Le odio tanto o más que tú! ¿Por qué quieres matarle? ¿Qué daño te ha hecho?

—Ninguno aún, pero me lo quiere hacer. Ordenó matar a mi mujer.

—¡Oh! A mí, en cambio, me tiene aquí prisionera. ¡Le odio más que a nadie en este mundo! ¡Y siento no tener valor para matarle! Pero ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Quién eres?

—Tú preguntas mucho. Y vale más que me indiques dónde está Tama-Va en vez de preguntar tanto.

La mujer se levantó, al ser soltada por Dano, y echó sobre sus hombros una fina prenda. Luego se dirigió a una puerta.

—Ven. Sé dónde está Tama-Va. Hoy ha elegido a una amiga mía… Están en el piso de arriba. Yo te ocultaré de la guardia.

La muchacha tocó un resorte y la luz se apagó en el cuarto. Luego, abrió una puerta y salieron a un pasillo.

—Por aquí —dijo, extendiendo la mano y tomando la de Dano —. Sígueme.

Caminaron rápidamente por el pasillo hasta llegar a un tubo-ascensor. Entraron en él y ascendieron, como por arte de magia, para salir a una ancha sala vacía, en la que había muchas puertas.

—¡Allí, en aquella puerta azul! ¡Dentro está Tama-Va con Dea-Mina, mi amiga! ¡Ve y mátale!

La muchacha dio media vuelta y desapareció dentro del tubo-ascensor, mientras Dano corría, a través de la sala, hacia la puerta indicada. En aquel momento la puerta se abrió y apareció en ella un hombre a medio vestir… ¡Era Tama-Va, en persona!

CAPÍTULO VII



erced a una increíble suerte, Dano había llegado, en pocos momentos, hasta el hombre que iba buscando. El azar le guió, quizá por deseo de la Divina Providencia, aunque fuese una muchacha secuestrada por los aduladores del tirano la que orientase sus pasos en el último instante.

Ahora, Tama-Va, advertido por su guardia de la intrusión del extraño salvaje, había renunciado a la velada radiante con la bellísima Dea-Mina para salir a ver lo que estaba ocurriendo.

Al abrir la puerta, el dictador vio ante sí a un extraño personaje. El espanto le hizo retroceder, intentando cerrar la puerta, pero Dano saltó hacia él al mismo tiempo, y ambos rodaron por el alfombrado pavimento de la habitación.

Dano era, sin duda, mucho más corpulento que

Tama-Va
y de un solo golpe le habría descoyuntado el cuello. Sin embargo, el aterrorizado
Tama-Va
era escurridizo como un pedazo de hielo y se escapó de las recias manos de su agresor, saltando hacia donde estaba
Dea-Mina,
para intentar ocultarse tras ella.

El terrícola le persiguió, y, sin vacilar, golpeó a la muchacha. La apartó a un lado en seguida. Después aferró a
Tama-Va
por el cuello, a la vez que gritaba, fuera de sí:

—¡Lucha como un hombre! ¿Quién eres?

—¡Déjame! ¡Te haré enterrar vivo! ¡Soy
Tama-Va,
El Grande, el Dios de Ioa!

Con una especie de zarpazo, Dano envió al sobrecogido
Tama-Va
sobre el lecho de
Dea-Mina,
la cual intentaba escapar hacia la salida, profiriendo gritos. Pero ambos cayeron al suelo, y Dano saltó encima, agarrando a su enemigo por un brazo y una pierna y levantándolo en alto, igual que si se tratase de un pigmeo.
Tama-Va
chilló, aterrado, pero su alarido quedó ahogado cuando Dano lo lanzó con fuerza contra el suelo. A causa del tremendo golpe, el dictador empezó a sangrar por nariz y boca. Pero no estuvo mucho tiempo en el suelo. Dano lo agarró de nuevo, levantándolo sobre su cabeza para volverlo a lanzar, ahora contra la pared, junto a la puerta por donde escapaba
Dea-Mina
lanzando gritos despavoridos.

Fuera, en la sala vacía, se abrieron todas las puertas, y en cada una apareció una mujer, a cuál más hermosa y atrayente, a medio vestir, y con los rostros demudados por el terror.

—¡Allí, en mi cuarto, una fiera está matando a
Tama-Va!

—gritó
Dea-Mina.
Para atestiguar sus palabras, el cuerpo de
Tama-Va
salió impelido a través de la puerta del cuarto y fue a chocar con violencia contra el suelo de la sala. Dano salió tras él emitiendo poderosos gritos.
El terrícola aferró de nuevo a su víctima, que ya debía estar muerta o le faltaba muy poco, y lo estuvo golpeando contra el suelo durante un rato, mientras las mujeres chillaban ante el horror de aquella escena.
Ésta era la situación cuando se abrió la puerta de un tubo-ascensor, y aparecieron varios policías de la guardia personal del dictador, entre los que estaba nada menos que
Ket-Podo,
el jefe de la policía de represión.
Un disparo insensibilizador efectuado por el propio
Ket-Podo
hizo crisparse a Dano, haciéndole caer sin sentido junto al cuerpo sangrante de
Tama-Va,
el cual ya había pagado todos sus crímenes. El castigo de Dano había sido implacable, despiadado, ¡pero justo!
Los policías se acercaron y miraron en silencio el cuerpo torturado del que había sido su jefe.
—¿Quién es este individuo? —preguntó
Ket-Podo.
—Jamás le había visto —respondió otro—. Parece un salvaje de alguna región del sur… ¡Qué aspecto más horrible!
Ket-Podo
se arrodilló junto al cadáver de
Tama-Va
y lo examinó brevemente. Luego, levantó el rostro y sonrió de modo demoníaco.
—¡Ha muerto!
En un rincón, las bellezas que habían gozado del favor de
Tama-Va
miraban con ojos horrorizados la escena, sin atreverse a despegar

los labios. Todas comprendían que, tal vez, el momento de su libertad estaba cercano.

—¡Ha muerto! —repitieron algunos policías de represión, mirando a su jefe—. ¿Qué hacemos ahora?

Ket-Podo
señaló a Dano y dijo entre dientes:

—Sería capaz de hacer un monumento a ese salvaje. Gracias a él ha muerto el dictador… ¡Éste es un gran día para todos! Ahora, el dictador seré yo… ¡De rodillas todos vosotros!

Los policías se miraron entre sí, incrédulos, y miraron también al cuerpo ensangrentado de
Tama-Va.
Ket-Podo, mientras, había sacado su pistola insensibilizadora y encañonaba a sus hombres.

—¡Cuando muere un jefe, otro ocupa su puesto! ¡Yo,
Ket-Podo,
sustituiré a
Tama-Va
y todos me obedeceréis! ¡De rodillas, he dicho!

Ya no vacilaron aquellos hombres. También se volvió
Ket-Podo
a las mujeres y les repitió la orden. Ellas obedecieron presurosas.

—Así os quiero ver a todos… ¡Reverenciando a vuestro nuevo jefe! ¡Hoy cambiará el sesgo de la política en Ioa! Vosotros, mis fieles, vais a salir más beneficiados aún de lo que estabais. Quien me sirva bien, gozará de mi favor… ¡Y quien me desobedezca, morirá del modo más horrible que pueda imaginar! ¡Yo,
Ket-Podo,
rey de Ioa y Señor de todos los pueblos, he hablado!

»¡Id todos a comunicarlo! Y os doy permiso para saquear las moradas de los que pretendan oponerse a mí.

* * *

Por su parte,
Ket-Podo,
a quien el desenfreno fatal no interesaba en aquel momento, mientras sus hombres se lanzaban a la orgía y al saqueo, arrastró

los cuerpos de Tama-Va y de Dano, el uno muerto y el otro insensible, hacia el tubo-ascensor y presionó un conmutador que le hizo bajar hasta el último piso, en el subsuelo del palacio.

Allí, varios policías de guardia, se quedaron mudos de asombro al ver el cuerpo mutilado de Tama-Va.

Ket-Podo, empero, les hizo reaccionar pronto, diciéndoles:

—El dictador ha muerto. Ahora mando yo. Todos vosotros seréis nombrados gobernadores, ¿comprendido?

El asombro de los policías se transformó en estupor. Ket-Podo continuó:

—Llevad a Tama-Va al incinerador y que desaparezca su cuerpo entre las llamas. A este individuo hay que hacerle volver en sí. Lo introduciremos en la cámara uno.

Los agentes obedecieron con presteza. La situación no había cambiado para ellos. Seguían obedeciendo al mismo jefe. Además, la promesa de ser gobernados constituía bastante aliciente para poner alas a sus pies.

Tama-Va fue llevado a otro departamento de los sótanos del palacio y ya no se le volvió a ver más. En cuanto a Dano, a los pocos minutos de estar en la cámara desensibilizadora, abrió los ojos y se agitó, encontrándose sujeto a recias argollas.

Ante él, sonriendo complacido, estaban Ket-Podo y tres policías más.

—Hola, hombre. ¿Cómo te llamas?

—Dano —respondió éste sin rodeos—. Soltadme. No os haré daño.

—Estamos seguros de que no —respondió Ket-Podo—. Pero es mejor dejarte así… de momento. Ahora, dinos quién eres y por qué has matado a Tama-Va.

Dano fue obediente. No estaba habituado a mentir, y, con su torpe lengua, explicó a sus oyentes toda la historia, desde que conoció a Gea-Dina, en Vara, hasta que fue traído a este planeta en la espacionave de Kal-Lar. Ket-Podo escuchó atentamente, acariciándose la barbilla, sin dejar de sonreír. Cuando Dano hubo terminado, habló en tono solemne.

—Te creo, extranjero. Y me admira tu lealtad. Veo que quieres mucho a tu familia y que no has vacilado en arriesgarte por ella… ¿Has tenido una hija esta noche?… ¡Condenado Kal-Lar, cómo nos ha engañado! Haré que le castiguen duramente por… Pero ¿qué digo? ¡Habría que darle un premio! Gracias a ti, a él y a Gea-Dina, soy ahora el Jefe Supremo de este planeta. Y sé ser agradecido, hombre de otro mundo. ¡Pídeme lo que quieras!

Dano sólo podía pedir una cosa. Y así lo dijo:

—Sólo quiero volver a mi mundo con mi familia y formar allí mi tribu.

—¡Con mucho gusto complaceré tu petición, Dano! —respondió Ket-Podo, sonriendo—. No te miento. Confía en mí y volverás al lugar de donde has venido… ¡Y puedes estar seguro de que nadie irá nunca a molestarte a Vara!… —Ket-Podo se volvió a sus agentes y les ordenó—: ¡Soltadle y llevadle a la Sección de Etnología del Departamento de Historia!

Mientras los agentes libraban a Dano de sus argollas, el satisfecho Ket-Podo continuó hablando en estos términos:

—Y os colmaré de regalos. Deduzco que en Vara no teníais nada, excepto esas armas primitivas. Os daré cosas que os serán muy útiles: armas, medicinas, herramientas, utensilios y todos aquellos objetos que podáis necesitar, así como documentales instructivos para vuestros hijos, libros, películas y proyectores. Hasta os facilitaré un generador eléctrico inextinguible…

Ket-Podo
continuó citando cosas que consideró podían necesitar Dano y su familia en la Tierra, a lo que, naturalmente, Dano no prestaba atención, por no entender nada de lo que significaban aquellas cosas.

Una vez libre de las argollas, dos agentes sacaron a Dano del palacio y lo llevaron, no hacia la salida principal, en la que estaba la plaza de armas, sino hacia la parte lateral, al frondoso jardín.

Allí, caminando entre setos, los dos agentes reían entre dientes. Uno de ellos dijo:

—Te sacaremos por una puerta secreta. No conviene que te vea la gente, amigo Dano.

—Sí, sí —respondió el aludido.

Cruzaron una puerta metálica y penetraron en un terreno despejado rodeado de altos muros.

—Por aquí —indicó uno de los policías.

Así llegaron ante un lugar donde había excavados en el suelo grandes hoyos rectangulares. Dano identificó los hoyos en el acto, dado que, en la oscuridad reinante, era el único que veía con claridad. De esta forma pudo ver el montículo de tierra que había al lado de cada fosa y la extraña pala mecánica capaz de verter todo el montículo en el hoyo de una sola vez.

—Ésta es la salida —dijo uno de los agentes.

—Parecen tumbas —exclamó Dano, sin sorpresa en la voz.

—¡No, por los dioses! —le respondieron—. Aquí, en Yhanka, las salidas secretas son de este modo. En el fondo de esos pozos hay unos túneles que pasan por debajo del muro… ¡Pasa tú primero, Dano!

El terrícola pareció vacilar. En la oscuridad del recinto, su mano derecha se movió hacia la bolsa en la que llevaba la pistola insensibilizadora. Los otros, qué no se habían atrevido a encender luz alguna, para engañar más a Dano, apenas veían en la penumbra. Y no se dieron cuenta de que Dano, con instinto magistral, se había dado cuenta de la añagaza.

La pistola apareció de pronto en la mano del terrícola, y una invisible descarga paralizó a los dos agentes.

—¡Gea-Dina me explicó para qué utilizan aquí estos hoyos! —rezongó.

Los dos agentes habían caído al suelo, insensibles. Dano, sin vacilar, agarró a uno por las piernas y lo arrojó al hoyo que tenía más cerca. Se escuchó un golpe sordo al golpear el cuerpo contra el fondo. Inmediatamente, la pala automática se movió, echando una tonelada de tierra dentro del hoyo.

—Buena salida —dijo Dano, entre dientes.

Había demostrado que no era un ser irracional. Por el contrario, su inteligencia era superior a la de los «yhankos», anticipándose a ellos y evitando perecer en el engaño.

La misma suerte corrió el otro policía. Cuando los dos cuerpos hubieron quedado enterrados, Dano se dirigió al muro y lo examinó. Eligió una esquina propicia y trepó por ella, apoyándose en las dos caras del ángulo. Al llegar arriba vio una ancha calle al otro lado.

Y como no había nada donde agarrarse, se lanzó al vacío, desde más de diez metros de altura. Cayó con las rodillas, pero se incorporó en el acto y echó a correr.

Del otro lado de la calle surgieron algunos agentes de la policía de represión. Habían estado dentro de un autobólido de gran tamaño.

Sin embargo, Dano empuñaba la pistola insensibilizadora y se anticipó en oprimir el disparador. La invisible descarga envolvió a los agentes, los cuales no habían podido emplear sus armas por no ver bien quién era el individuo que había saltado el alto muro. Todos cayeron inertes al suelo.

Luego, Dano corrió, perdiéndose sobre una cinta metálica que ascendía sobre algunos edificios de aquel sector. A partir de entonces, el sentido maravilloso que poseía Dano para la orientación le guió hasta las instalaciones del Instituto de Historia, a donde llegó media hora después.

* * *

Kal-Lar

había comprendido el peligro que significaba para todos ellos la huida de Dano. Y, como no quería sacrificarse en vano por la irreflexión de Dano, se decidió por la huida.

—¡Hemos de escapar! —dijo a sus ayudantes—. Lo mejor es que

tomemos la «Yhanko-104» y escapemos al espacio. Puede que nos alcancen y puede que no. De todos modos, si nos quedamos aquí, somos hombres muertos.

—Estamos con usted, Kal-Lar —respondieron los otros.

—¡Pues llevemos a Gea-Dina hacia la astronave! —Kal-Lar se acercó a la mesa donde descansaba la mujer y añadió—: ¿Se encuentra con fuerzas para moverse?

—No… Todavía no —replicó ella—. Deben buscar a Dano y traerle aquí… ¡Le matarán!

—Lo siento. No podemos hacer nada, querida amiga. Hemos de intentar salvarnos nosotros y los niños.

Gea-Dina entornó los ojos. Kal-Lar creyó que estaba rezando, y no se equivocó. Ella murmuró:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

Sin perder un minuto, los ayudantes de Kal-Lar llevaron a Gea-Dina, a su hija recién nacida y a Dadi hacia el exterior. No fue fácil, pues debían descender al piso bajo, por medio de ascensores, y luego cruzarlos setos hacia la plataforma metálica que había ante el hangar de la espacionave científica, la cual estaba aún donde la habían dejado los técnicos que la condujeron sobre raíles desde el espaciopuerto de Yhanka.

Sufrieron otro retraso al tener que reponer el combustible gastado en el viaje anterior, y para lo cual tuvieron que recurrir a la reserva que poseían en los depósitos subterráneos que había bajo el hangar del Instituto.

Mientras sus ayudantes hacían esto, Kal-Lar, con ayuda de diez esclavos «yoaos», aprovisionó la astronave de alimentos y útiles que podían necesitar en su viaje hacia lo desconocido. Podría ser casualidad, paradoja o telepatía, pero Kal-Lar

no olvidó ninguno de los objetos que el jefe de la policía de represión estaba citando a Dano en aquel preciso instante, como «regalos» para reintegrar al terrícola a su mundo original.
Kal-Lar
calculó el tiempo que tardaría en reaccionar la policía, una vez hubieran capturado a Dano en su alocada carrera. Se dijo que no disponían de mucho tiempo, pero teniendo que reponer el combustible se había de perder una preciosa hora.

Corrían un gran albur. En una hora podían ser capturados, rodeados o muertos. Pero si transcurría la hora y la policía no asomaba por allí, su huida estaba asegurada.

El destino, empero, ayudaba las buenas intenciones de
Kal-Lar
y sus amigos. Protegía a
Gea-Dina,
como si tuviera una alta misión para ella, y protegió a Dano, haciéndole salir con vida del palacio presidencial, en el que habían tenido lugar acontecimientos tan importantes en tan breve espacio de tiempo.

Y cuando
Kal-Lar
se disponía a subir a la «Yhanko-104», para no volver a descender de ella hasta que estuvieran en otro mundo distinto, en otro planeta, después de haber aprovisionado la nave con todo lo necesario para el largo viaje sideral, un hombre apareció en la plataforma.

Aquel hombre profirió un grito que hizo volverse a
Kal-Lar
en la escalerilla.

—¡Gea-Dina! ¡Dadi!

—¡Es Dano, es mi padre! —habló Dadi, desde la portezuela.

Dano llegó sin aliento. Transportado de alegría, quizá pensando en que la huida no sería necesaria,
Kal-Lar
descendió y sujetó a Dano.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Tama-Va ha muerto… Otro hombre, uno llamado
Ket-Podo,

ha tomado el mando de esta tribu. Y quisieron enterrarme con vida, pero escapé.

—¿Les has dicho quién eres?

—Sí, le he explicado todo lo que ha pasado. Dano jamás miente. Kal-Lar palideció y volvió la cabeza para dirigir la mirada hacia los edificios del Instituto de Historia. Creyendo ver movimiento de hombres a la entrada del edificio principal, iluminado, le apremió:

—Sube, pronto. Hemos de marcharnos o dentro de unos minutos será tarde.

Dano no se hizo repetir la orden y trepó como un simio por la escalerilla, seguido de Kal-Lar, para ir a encontrarse con su hijo Dadi, el cual le echó los brazos al cuello.

—¿Dónde está tu madre, Dadi?

—Aquí, conmigo y con mi hermanita… ¡Todos estos hombres son amigos!

—¡Preparados para despegar! —gritó Kal-Lar detrás de Dano—. ¡Cerrad la compuerta! ¡Encended los motores!

El interior de la espacionave «Yhanko-104» cobró febril actividad. Y, un minuto exactamente después, ante el asombro de la policía de represión que registraba el edificio central del Instituto de Historia, la nave sideral se deslizó despacio por la pista y alzó su proa, para remontarse con gran estrépito sobre la ciudad de Yhanka y perderse a los pocos segundos en la oscuridad del cielo de la noche.

* * *

Al mismo tiempo, los telecomunicadores de todo el planeta estaban dando la noticia de que Tama-Va había muerto y Ket-Podo le sustituía.

En el comunicado oficial se pedía sumisión al nuevo dictador,

prometiéndose recompensas a los fieles y exterminio total a los rebeldes que no quisieran acatar al nuevo dirigente.

Sin embargo, el tiránico reinado de
Tama-Va
había soliviantado a muchísima gente. La inquietud y el descontento se habían extendido por todas las regiones y ciudades, y corrían aires de sedición. La noticia de la muerte de
Tama-Va
puso a todo el planeta en las calles, gritando su alegría y pidiendo el fin de la dictadura.

Representó el fin de la dictadura, pero también él fin de Ioa. Lo que había empezado con la muerte de
Tama-Va,
un hombre que fue más allá de sí mismo, se extendió a más muertes. Empezó en las remotas ciudades con motines, levantamientos, asaltos y asesinatos. Desatada la ira y el odio, las masas cargaron contra la policía, contra el ejército, la mayor parte del cual se pasó al bando amotinado, y la revolución cobró carta de naturaleza.

Era lo menos que podía pasar. Tama-Va había presionado demasiado. Ahora, antes de verse sometidos a otro dictador como
Ket-Podo,
todo Ioa, más de seis mil millones de seres, se lanzaron contra el gobierno.

Y aquel mundo torturado por guerras infrahumanas desde el principio de sus siglos se vio envuelto en la guerra más titánica, endemoniada y vesánica de todas.

Por suerte, fue una guerra breve. Duró menos de un mes…

¡Fue tal el número de explosiones atómicas que se produjeron en tan breve espacio de tiempo, que la estabilidad integral del suelo y la atmósfera se rompió!

En realidad, jamás sabrá el hombre la causa de la desintegración de Ioa. Pudieron influir muchos factores. El planeta pudo llegar a su límite de resistencia gravitacional, estallando toda la radiación comprimida en su núcleo central. Alguna explosión atómica, como la que arrasó Yhanka, pudo filtrarse en alguna fisura de las antiguas minas que penetraban muchos kilómetros bajo el subsuelo.

De todos modos, fuera lo que fuese, Ioa no pudo resistir y

estalló, enviando al cosmos infinidad de enormes bloques de piedra incandescente, agitando con violencia la unión gravitatoria que le mantenía en órbita bajo la atracción del Sol y los demás planetas del sistema, en los cuales se produjo también un infracaótico desquiciamiento que se tradujo en rápidas traslaciones de órbitas, en gigantescas mareas que sacudieron los mares y los continentes, en hundimientos de ingentes montañas, desplazadas en un instante a cientos de metros de su lugar original. De los mares surgieron nuevas tierras y otras quedaron sepultadas.

Estos fenómenos cataclísmicos se produjeron en todos los planetas del Sistema Solar, procurando grandes desquiciamientos y convulsiones que estuvieron a punto de desgajar y destruir a más de uno de ellos.

Luego, poco a poco, la gran llamarada que surgió de Ioa, que había sido presenciada desde la astronave «Yhanko-104», con el consiguiente horror de sus tripulantes, y la inevitable sacudida que los arrojó a todos por el suelo, se fue apagando. Y los despojos de lo que había sido un mundo supercivilizado salieron despedidos al cosmos como grandes proyectiles incandescentes, dejando tras sí estelas de fuego y azufre ardiente, hasta situarse en órbitas nuevas, gracias al poder supremo y sublime de lo que se ha dado en llamar mecánica celeste.

Ioa había quedado convertida en fragmentos. Fue la ira y el odio la que desencadenó la hecatombe, el exterminio total, la desintegración de un mundo que si hubiera tenido otra historia menos cruenta, quizás estaría aún formando parte de un sistema planetario que podía ser de los más antiguos, civilizados y cultos del universo entero.

La vida en todo el Sistema Solar, a consecuencias de aquel gran cataclismo, quedó truncada de súbito. Todo murió, animales y plantas, sepultados bajo aludes ingentes de tierra y agua desquiciada.

¡No, todo no!

En medio de aquel caos suprafantástico quedó, como flotando en el vacío, una pequeña astronave, quizás elegida por el Dios piadoso, para que sus ocupantes se posaran, años más tarde, ya agobiados por el hambre, en un planeta cuyo suelo había vuelto a quedar en calma, y allí fundaran su colonia.

Ésta fue la historia de Ioa.

Ésta fue la historia de los orígenes de la Tierra.

Antes, en la Tierra, hubo habitantes, los antepasados de Dano. Pero todos habían muerto. Ahora, Dano,
Gea-Dina,
Dadi y Janoa, la niña recién nacida, y
Kal-Lar,
sus amigos y sus esclavos «yoaos», volvían a poblar la tierra.

Llegaron un día de mucho sol, y eligieron un lugar paradisíaco en el que empezaba a crecer la hierba.

—Aquí viviremos si Dios nos ayuda —dijo
Kal-Lar
en tono solemne.

—Amén —respondieron todos, bajando las cabezas.

Todos traían hambre, porque habían estado años vagando por el espacio sin saber a dónde dirigirse. Y, al fin, habiendo visto sólo mundos muertos e inhóspitos, envueltos en atmósferas irrespirables, decidieron ir a morir al planeta que había sido cuna de Dano. Allí encontraron aire respirable. Dedujeron que el desquiciamiento había sido sólo del suelo y no de la atmósfera.

Desde aquel instante, unidos todos y poniéndose en manos de Dios, empezaron a trabajar para conseguir alimentos. Agua no les faltó, ni tampoco raíces de una hierba extraña y providencial que les nutrió durante meses. Luego, con las semillas que ellos trajeron, sabiamente plantadas, recogieron la primera cosecha.

¡Aquél fue el gran día de la pequeña colonia!

Dano, privado de la caza, no había tenido más remedio que trabajar la tierra. Y fue el que más gritó con alborozo cuando vio asomar a flor de tierra el primer tubérculo.

Se abrazaron todos, bailaron, saltaron. Sólo Dadi, con su pequeña hermana Janoa de la mano, no comprendía el alborozo de los mayores. Lo comprendió más tarde, al comer el humeante plato de hortalizas, de mucho mejor sabor que las raíces que habían comido hasta entonces.

Mientras esperaban la ansiada cosecha, Dano,
Kal-Lar
y los otros habían trabajado mucho. Encontraron carbón mineral e hicieron un fuego que, por carecer de leña, tuvieron que mantener

siempre encendido. Luego construyeron un horno y cocieron ladrillos y baldosas. Los esclavos «yoaos», que ya no eran considerados como tales, aunque seguían careciendo de voluntad, trabajaban igual que los demás. Se construyó la primera casa, que fue un templo en el que se imploraba diariamente el favor divino.

Así empezó la historia de la Tierra; allí o en cualquier otro sitio. Aquel grupo de hombres supo adaptarse a las condiciones de vida, mientras que, con el transcurso de los años y los siglos, había de crecer también vida animal, diferente a la que había existido antes, pero que siempre estaría sometida a la inteligencia del hombre.

Allí, Dano y Gea-Dina se hicieron la promesa de tener muchos hijos e hijas. Y la cumplieron.

—¡Te amaré siempre, amor mío, bajo el beneplácito de nuestro Dios bondadoso! —dijo Gea-Dina.

—Y yo os serviré a ti y a Él —respondió Dano.

Ocurrió así. Debía estar escrito. Kal-Lar era ya un hombre maduro cuando se casó con la joven Janoa, de cuyo matrimonio nacieron muchos hijos e hijas. Sus amigos se casaron con otras hijas que tuvieron Dano y Gea-Dina. De aquel modo, cuando los primeros colonos fueron viejos, su vasta prole formaba ya un curioso pueblo de hombres y mujeres que trabajaban bajo la ley común de la supervivencia humana.

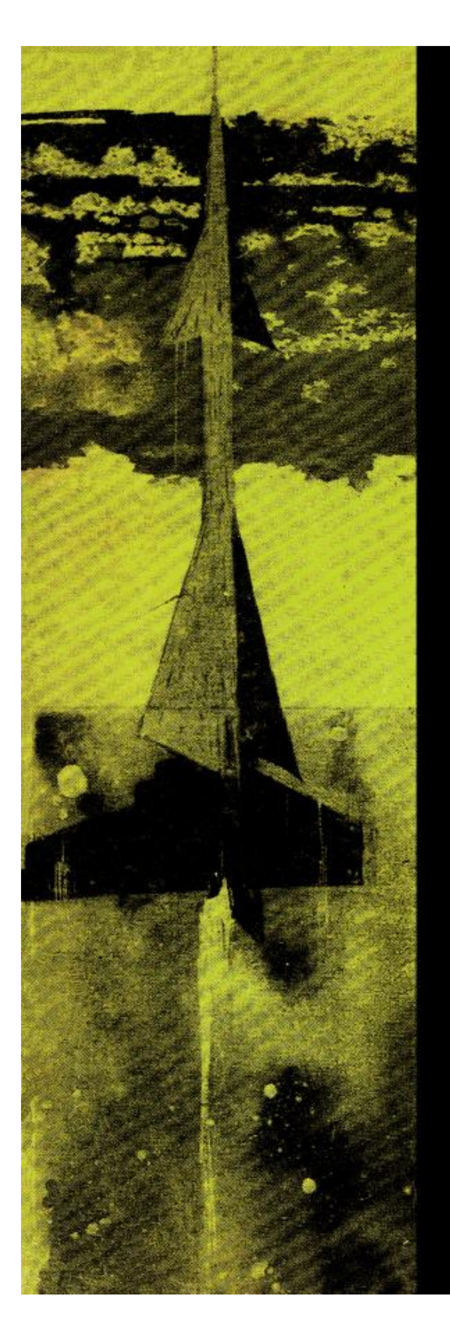
Con ojos de bondad, Dano, el patriarca de todos ellos, les veía crecer, diciéndose que, al fin, había podido tener su propia tribu. Una tribu en donde no existían odios, y en donde se progresaba rápidamente gracias a la ciencia que habían traído de Ioa.

Con el tiempo, hasta esa ciencia habría de desaparecer, como desapareció la astronave «Yhanko-104», oxidada, vieja e inservible. E, incluso, con los siglos, se la olvidaría como cuna que fue de una civilización.

La vida, empero, se había salvado… ¿Quién sabe si los descendientes de «aan» y «wona» somos nosotros?

¿Por qué no pudo ser así el origen de la humanidad actual?


FiN



Próximo número:

LOS SERES CONVERTIBLES

Algo extraño había ocurrido en aquellos seres, algo que beneficiaba a todos los habitantes de Sirio.

Autor:

CRISTOPHER SANDER

Precio: 8 ptas.



Pedro Guirao Hernández (Cehegin, Murcia, 9 de octubre de 1927, Barcelona, 29 de septiembre de 1993). Usó multitud de seudónimos, tales como: Steve Mackenzie, Susan Joyce, Walt G. Dovan, Eric, Jeff Storey, Abel Colbert, Peter Kapra, PhilWeaber.

Inició su carrera literaria en los años cuarenta dentro de los géneros policíaco y de aventuras, aunque al igual que muchos de sus colegas, fue un auténtico todoterreno que, a lo largo de las cuatro décadas durante las cuales estuvo activo, abordó todo tipo de géneros literarios, no sólo los propios de los bolsilibros, sino también otros tales como el realismo fantástico, el erotismo, la divulgación científica o la entonces incipiente informática. No me ha sido posible conseguir ninguna fotografía suya, y el único retrato que conozco es el existente en su libro EL EXTRATERRESTRE, publicado en 1979, del que es autor Juan Bautista Miquel, ilustrador del mismo.

Corría el año 1959 cuando Pedro Guirao probó suerte con una nueva incursión en el género, en esta ocasión con la novela titulada DOS CEREBROS IGUALES, publicada con el número 133 de la colección Espacio, de la editorial Toray. Tal como era habitual en estas colecciones, la novela apareció firmada bajo el seudónimo anglosajón de Walt G. Dovan. Un año más tarde, en 1960, Guirao

publicó CUATRO A MERCURIO, su única colaboración en la colección Luchadores del Espacio, de la que hace el número 167, en esta ocasión recuperando su antiguo seudónimo de Peter Kapra debido, probablemente, a que las editoriales solían exigir a los autores seudónimos exclusivos.

Pese a que nuestro escritor acabaría desarrollando una larga y fructífera carrera en diferentes colecciones de ciencia ficción, convirtiéndose en uno de los más prolíficos autores españoles del género con un catálogo que rebasa los 250 títulos entre originales y reediciones, lo cierto es que en los primeros años sesenta se prodigó muy poco ya que, aparte de los guiones y de las dos novelas citadas, tan sólo participó, ya en 1962, en la efímera colección Naviatom, de la editorial Manhattan. Eso sí, la totalidad de los cuatro títulos que componen la misma salieron de su pluma, dos firmados como Walt G. Dovan y los dos restantes como Peter Kapra y Eric Börgens respectivamente, y también hubiera sido suya, de haber sido publicada, una quinta novela que quedó inédita y que fue anunciada bajo el seudónimo de Eric Börgens.

La muerte en 1993 de Pedro Guirao coincidiría con la desaparición definitiva del género que él tanto contribuyera a mantener, lo cual no deja de ser una significativa coincidencia.

Notas

[1] Ioa, planeta imaginario situado en el Sistema Solar, entre las órbitas de Marte y Júpiter, en el lugar donde ahora existen los planetoides. <<